

TITO MUNDT

ZIG ZAG



guía humorística
de santiago

DAHM

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCION CHILENA

GUIA HUMORISTICA
DE SANTIAGO

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCION CHILENA



COLECCION VIAJES Y PANORAMAS

b n c h

51007

1043

107

A. H. 0583

© Empresa Editora
Zig-Zag, S. A. 1966.
Derechos reservados
para todos los países.
Inscripción N.º 32675.
Santiago de Chile.
1967.

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCION CHILENA

EMPRESA EDITORA ZIG-ZAG, S. A.

TITO MUNDT

GUIA HUMORISTICA
DE SANTIAGO



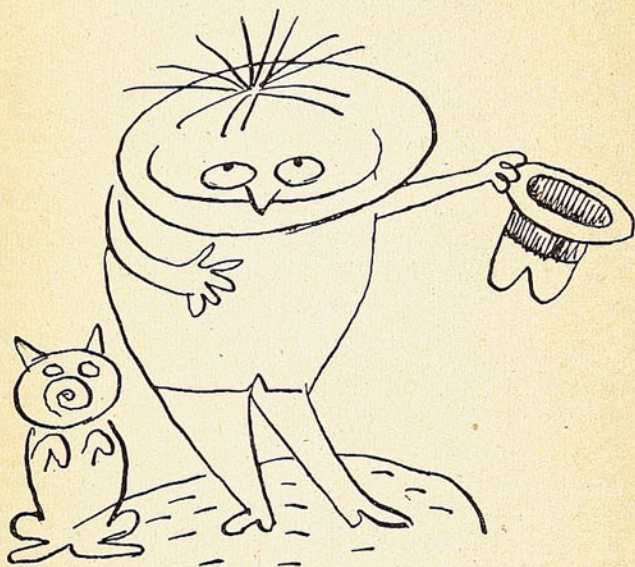
BIBLIOTECA NACIONAL
SECCION CHILENA

ZIG-ZAG

Dibujos de JORGE DAHM

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCION CHILENA

BIBLIOTECA NACIONAL
Sección Central



Hay mil maneras de ver una ciudad. La gente aficionada a las estadísticas y que toma sopa de cifras en vez de letras, exige números y más números. Quiere saber exactamente cómo fue el origen de la capital, quién ha vivido en ella,

cuántos minutos se gastan exactamente en llegar de un punto a otro, cuántos litros de agua beben sus habitantes, cuánta luz se consume, etc.

Eso es una lata.

Nadie lee cosas aburridas que no tienen más mérito que ser relativamente útiles.

Una ciudad es otra cosa. París está mucho más en Balzac y Proust que en la Guía Michelin que nos venden apenas nos bajamos en Orly.

Berlín tiene una cara militar con casco y monóculo que asoma en cada novela, cuento, ópera, opereta, balada y verso que escriben los alemanes.

Madrid fue "inventado" por Pérez Galdós a medias con el Padre Coloma y no por los jefes de turismo.

Nueva York está íntegro en "Manhattan Transfer", de John Dos Passos, y no en lo que les repiten maquinalmente los guías a los turistas que llegan hasta el bosque de rascacielos que se despliegan ante el encendedor automático de la Estatua de la Libertad.

Con Santiago pasa lo mismo. Hay guías oficiales y tratados completísimos.

¡Qué horror!

Esta guía no es eso ni pretende serlo. Una ciudad está más allá de los planos, mapas, cuadros y estadísticas. Una ciudad tiene un alma y un rostro secreto que está escondido en sus esquinas y que hay que captar cuidadosamente para presentárselo a los extranjeros y turistas de paso.

Es mentira que Santiago sea fósil y sin vida. Que no tenga historia ni personalidad. Que sea

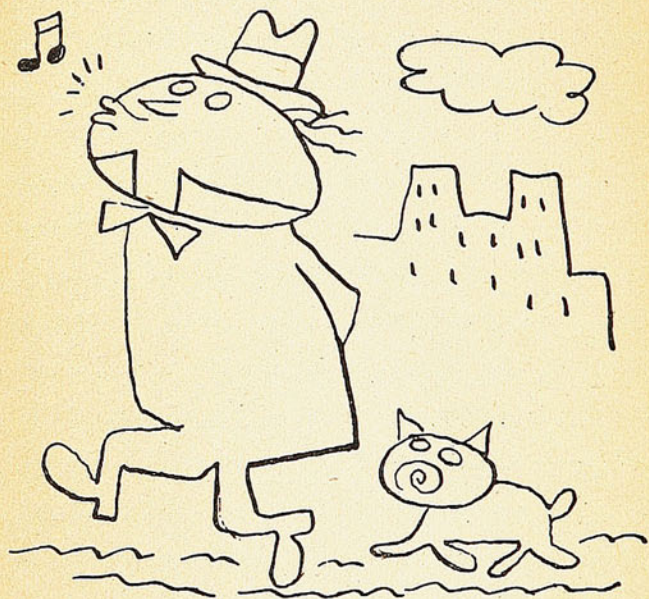
frió y gris. Que nos aburramos en él. Que no haya nunca nada en sus calles y plazas. Que no se recuerde con nostalgia cuando estamos lejos. Y que, finalmente, no le deje un recuerdo imborrable a la gente nacida en otras partes y que ancló alguna vez al pie del pequeño Santa Lucía.

No, señor. No. No y no.

La capital de Chile es mucho más entretenida que una serie de urbes cargadas de histo-



ria y tradición que hay en América y en Europa. Tiene más vida secreta que una serie de célebres ciudades suizas o de unas famosas villas austriacas, finlandesas, suecas o danesas. Tiene más cachet que un montón de poblachos llenos de castillos y fantasmas donde los habitantes son un perfecto bostezo y una siesta absoluta.



Claro que es joven. Claro que anda de pantalón corto. Claro que tiene poco más de cuatro siglos. Claro que vista así, a la pasada, no presenta ningún relieve. Que divisada por la ventanilla del auto, a la bajada de Los Cerrillos, es espantosa. Y que analizada sumariamente desde

el tren, cuando se llega a la Estación Central o a la Estación Mapocho, da vergüenza y pena. Claro que...

Pero no sigamos. Claro que los "claros" son efectivos, pero eso no es todo.

Y como Santiago es más, mucho más, infinitamente más, me va a permitir, amigo lector y transeúnte de esta ciudad, que se la presente a mi manera.

Aquí va...

TITO MUNDT.

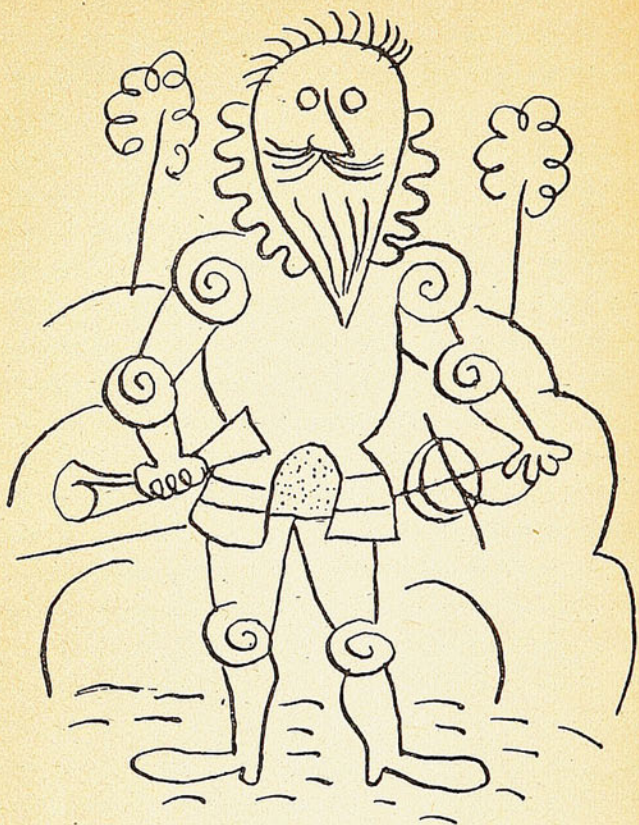
BIBLIOTECA NACIONAL
SECCION CHILENA

Santiago de la Nueva Extremadura fue fundado el 12 de febrero de 1541 por un capitán español con cara de estampilla que se llamaba Pedro de Valdivia. A medida que pasaban los años, a don Pedro se le ponía más y más cara de estampilla hasta que terminó por ser una estampilla perfecta.

Don Pedro pudo haber fundado la capital en cualquier parte, pero se le ocurrió levantarla al pie de un cerro horrible que se llamaba Hue-lén (Amargura) y junto a un río subdesarrollado llamado Mapocho. Si la hubiera construido en Quillota, habría sido estupendo y nos habríamos demorado sólo media hora en auto en llegar hasta la costa. Ahora tenemos que tardar una hora y media para poder aterrizar en el Casino y jugar un par de bolitas.

Así es.

Está a quinientos metros sobre el nivel del mar. Su clima es templado y seco. La temperatura normal media es de 14 grados, y cuando el invierno es muy crudo, llega a 4 ó 5, y sólo de vez en cuando desciende hasta cero absoluto. Casi



nunca tenemos nieve, lo que es una lástima porque el Barrio Alto se ve precioso con unos cuantos copos, y a ratos nos sentimos en una pequeña aldea suiza o en una vieja ciudad alemana.

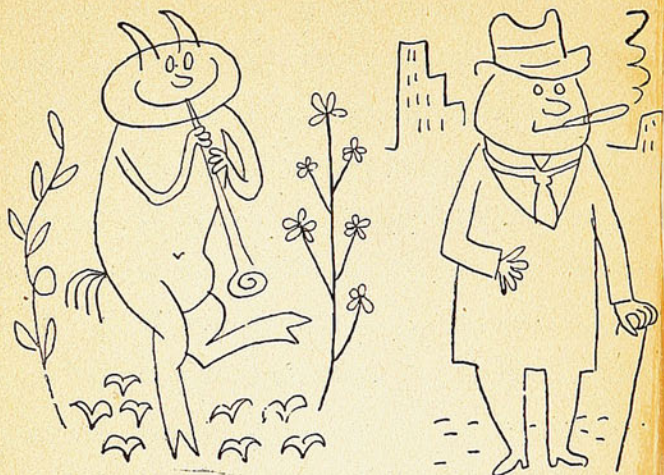
Clima.

El clima, según los extranjeros exigentes, es



muy agradable, y según los santiaguinos peladores, también. El abrigo sólo se usa en junio y julio, y hasta hace treinta años los santiaguinos usaban sombrero. Ahora son contadísimas las personas que lo usan y se lo ponen sólo para defenderse del frío. Las mujeres llevan esta incómoda prenda en los matrimonios, bautizos, despedidas de soltera y otras ocasiones solemnes que no es del caso citar ahora. Actualmente están de moda los jockeys, los gorros de piel, las boinas, los sombreros de astracán y unos artefactos extraños que recuerdan a los cosacos del Don y que valen carísimos en las tiendas de Ahumada y Huérfanos.

Según el público, la ciudad tiene más de dos millones de habitantes, pero las últimas estadísticas establecen que tiene dos millones setecientos mil. De acuerdo con los tratados científicos, no hay insectos ni animales venenosos, y lo único que está de actualidad es una mosca verdosa que, nadie sabe por qué, se llama la mosca azul.



TRAYECTORIA DE

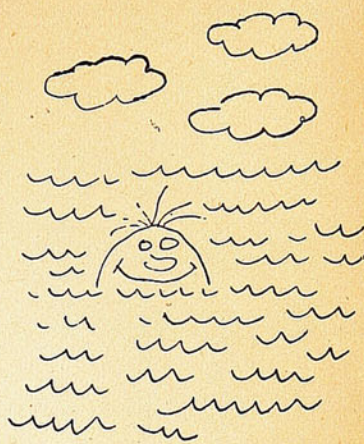
El Mapocho.

El río corta la ciudad de este a oeste y lleva una vida bastante curiosa.

Al pie de la cordillera es boscoso, campesino y vegetal. A medida que entra en la ciudad, se va haciendo civilizado, y bruscamente se pone proletario a la altura de la Estación Yungay. Después desaparece sin pena ni gloria en el Aconcagua, en cuyas aguas muere definitivamente sin necesidad de tener uno que darle el pésame a algún pariente cercano.

El Centro.

El eje de Santiago es el "Centro", que no queda al centro sino a un lado de la capital,



MAPOCHO

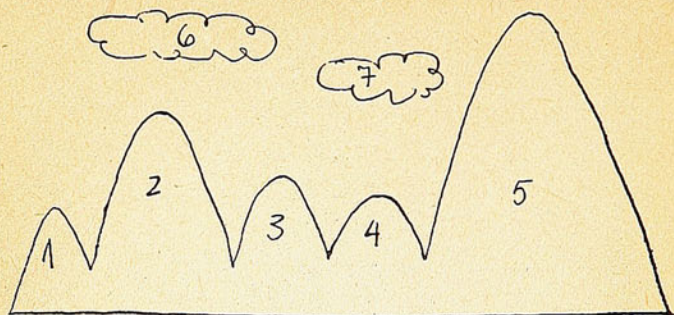
y por el cual transitan los millones de santiaguinos a toda hora y por cualquier motivo. Las señoras *bien* de Santiago no vienen al Centro porque es feo y no hay dónde estacionar el auto, lo que ha contribuido seriamente a que las peluquerías, casas de moda y tiendas elegantes se multipliquen y proliferen en Apoquindo, Providencia, Las Condes, Pedro de Valdivia Norte, etc.

Los cerros.

De Roma se ha dicho que es "la ciudad de las siete colinas".

París tiene cerca de veinte y nunca a nadie se le ha ocurrido darle un nombre especial por este motivo.

Santiago tiene cinco, que son: el Santa Lu-



LOS CERROS

- | | |
|-----------------|-------------|
| 1-SANTA LUCÍA | 4-BLANCO |
| 2-SAN CRISTÓBAL | 5-MANQUEHUE |
| 3-SAN LUIS | 6 Y 7-NUBES |

cia, el San Cristóbal, el San Luis, el Blanco y el Manquehue.

Aparte de éstas, hay una serie de cerritos de menor cuantía que no es del caso immortalizar en estas líneas.

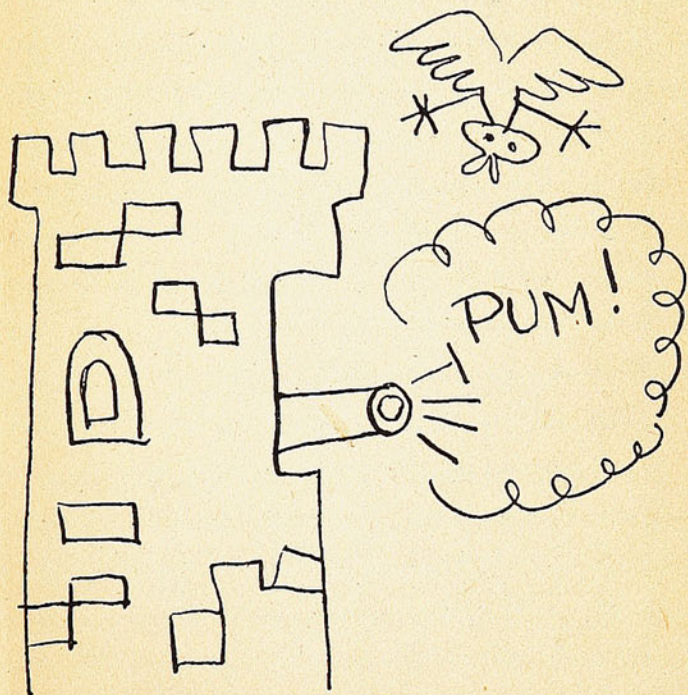
El Santa Lucía.

El Santa Lucía era una mugre hasta que a Vicuña Mackenna se le ocurrió transformarlo, a fines del siglo pasado, en esa maravilla que vemos en la actualidad y que sólo lo recorren los extranjeros que están de paso y los turistas con espíritu despierto y alerta. Aparte de ellos, suben al cerro las parejas que van a besarse científicamente, las mamás con sus niñitos, las empleadas con más niñitos, los colegiales que están haciendo la cimarra y algunos personajes

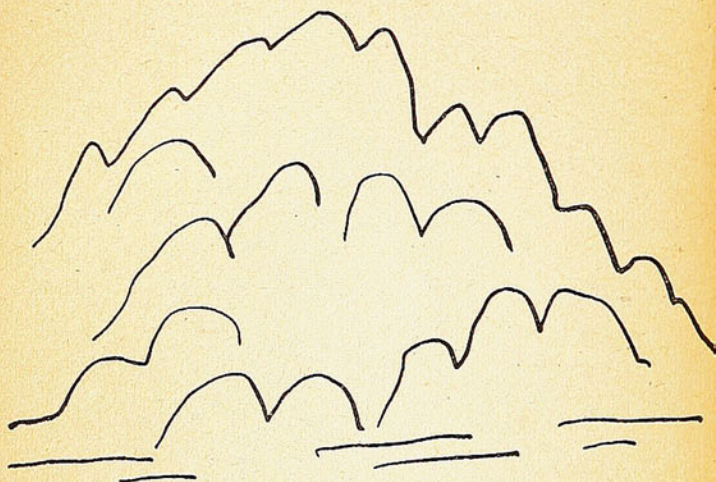
extraños y solitarios que hacen *footing* el día domingo y que lógicamente han nacido en cualquier parte del mundo menos en Chile.

El único *footing* que practica el santiaguino típico es la diaria gimnasia bancaria.

Todos los días un viejo cascarrabias dispara el cañón (tan viejo como él) a las doce en punto. Esta costumbre es sólo santiaguina. Las demás ciudades tienen campanas, sirenas y pitos,



LAS DOCE

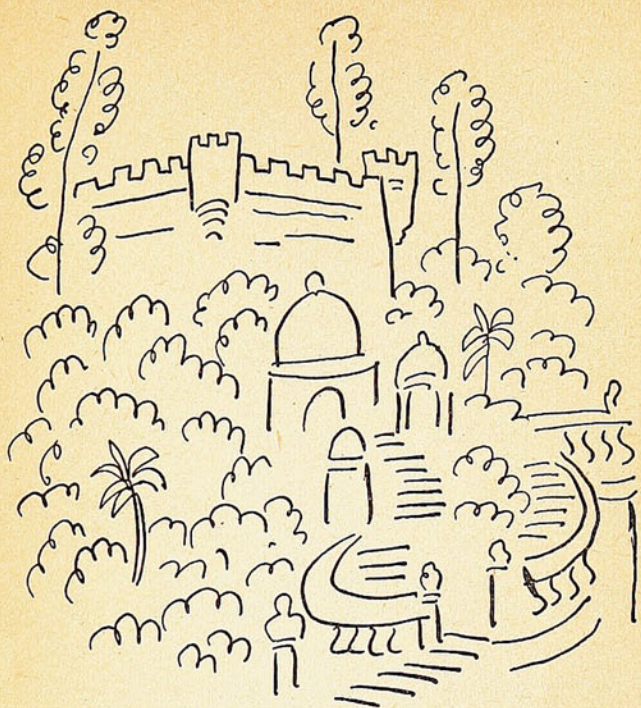


ANTES DE VICUÑA MACKENNA

pero ninguna apela a algo tan bélico como un cañón. Durante la larga historia de Santiago sólo en dos ocasiones no se ha disparado, lo que provocó airadas protestas y violentos líos entre las parejas que habían quedado de juntarse a una hora determinada.

Don Pedro.

En vista de que Santiago fue fundado por



DESPUES DE VICUÑA MACKENNA

don Pedro de Valdivia, los agradecidos santiaguinos tenían (y tienen) una pobre estatuita de un metro veinte donde aparece el conquistador en actitud de estar esperando micro y que se alza muy acholado en un recodo cerca de la cima.

Gracias a los españoles que viven en Santiago, se cuenta desde hace un par de años con una magnífica estatua de Pérez Comendador en

que aparece don Pedro, orgulloso y desafiante, a caballo. Los niños santiaguinos se encargaron de quebrarle la vieja tizona. Después de una sostenida campaña de prensa, se logró que se la repusieran, para que dos semanas después se la robaran, y así sucesivamente.

Como don Pedro se veía mal mirando hacia la calle Miguel de la Barra, lo sacaron y lo colocaron en la Plaza de Armas, en una esquina y caminando de tal manera que resulta que el fundador de Santiago está cabalgando contra el tráfico y le pueden pasar un parte el día menos pensado.

Alemania y Japón.

A la bajada del cerro, por la calle Victoria Subercaseaux, han colocado una pequeña estatua que dicen que regaló la colonia alemana y que estaba arrumbada en un subterráneo del Ministerio de Educación. Parece cualquier cosa menos alemana, y recuerda a ratos a Evita Duarte de Perón.

Por el mismo lado del cerro hay un rincón japonés que junto con la Casa Hombo y la Embajada de la calle Huérfanos, son los únicos contactos que mantenemos con el Imperio del Sol Naciente.

En lo alto del Santa Lucía están la tumba de Benjamín Vicuña Mackenna con su esposa y una enorme terraza que hace mucho tiempo sirvió para que se bailara, se pololeara y se miraran las estrellas a través de un cómodo teles-



VICUÑA MACKENNA

copio que ahora no existe. En ese tiempo la luna todavía era una novedad y no estaba llena de cápsulas metálicas ni astronautas dedicados al turismo espacial.

Banquetes.

En los días anteriores a la revolución del 91 se celebraban allí los banquetes políticos en los cuales se lucían "Condorito" Errázuriz, Enrique Mac-Iver, los Walker Martínez, Diego Barros Arana, Julio Zegers y otros caballeros que han sido inmortalizados ya en algún monumen-

to o dándole el nombre a una calle con el general beneplácito de sus parientes más cercanos.

Hasta hace cuarenta años en la terraza se celebraba oficialmente el Día del Bombero con sirenas, escaleras, pistones y otros elementos de combate, entre los cuales quedaban incluidos en primera fila las señoras y los niños de los voluntarios.

Está completamente de más decir que el Santa Lucía es una de las verdaderas maravillas que tiene Santiago, razón por la cual es absolutamente desconocido por la mayoría de los santiaguinos, lo que no quita ni pone que no hay quién no haya pololeado o echado una canita al aire en una de sus solitarias avenidas o al pie de alguno de los románticos árboles. Burlonamente se le llama el "Hotel Verde" por razones obvias, y, según las estadísticas más serias, ha contribuido a que la natalidad de la capital haya aumentado considerablemente hasta llegar a la cifra actual.

El San Cristóbal.

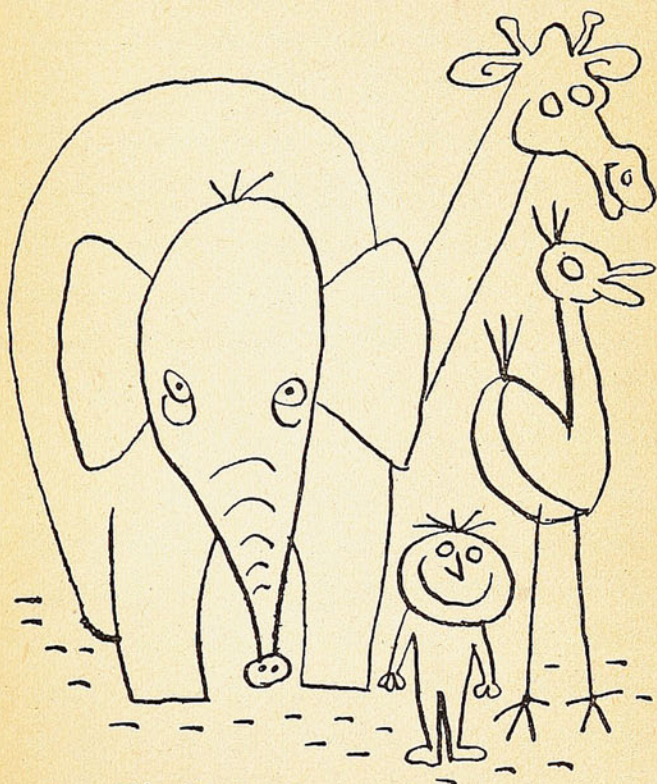
El San Cristóbal es muy distinto. Desde luego tiene trescientos metros de altura y en la punta se alza la imagen de la Virgen, lo que demuestra que éste es un país sumamente católico y de comunión diaria, a pesar de que se le nota bastante poco.

Para subir se puede hacer a pie, en auto propio o en el de algún amigo.

Está demostrado que el día domingo sube mucha más gente al San Cristóbal. El 99,9% son

nacidos fuera del país y les encanta hacer ejercicio.

Los santiaguinos suben en el Funicular y dicen frases tan interesantes y profundas como éstas: "Allí está la casa del tío Javier"... "Ese es el Cementerio General"... "Ahí está el Cató-



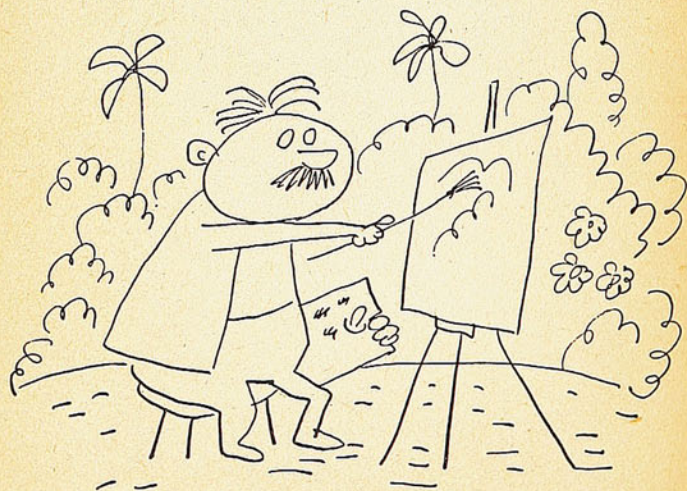
EL ZOOLOGICO

lico"... "Mira, qué linda se ve la Alameda"...
"Fíjate..., ese punto..., ese puntito..., ése,
pues, tonto..., ésa es la casa de mi abuelita...",
etcétera.

Los animales.

A la subida del San Cristóbal están los animales, que pasan muy aburridos durante toda la semana porque nadie los visita y esperan impacientes y nerviosos el día domingo, cuando los niños los van a ver para llevarles maní a los monos y tirarles las orejas a los elefantes.

Por este último motivo se ha aislado a los animales, porque de lo contrario los elefantes no tendrían cola y las jirafas se habrían quedado sin cogote.



Los milagros de la pintura.

Un pintor ruso que vino hace treinta años, llamado Grigoriev, pintó de una manera tan notable el cerro, que cuando expuso sus acuarelas en un salón del Bellas Artes, los cultos santiaguinos se pudieron dar cuenta de que el San Cristóbal era muy bonito y partieron a descubrirlo.

Desde entonces el cerro se ve muy concurrido.

El San Cristóbal es mucho más lindo por la contratapa que por la fachada. Efectivamente, la vista hacia el norte es preciosa y los poteros vecinos dan la sensación de una mesa de billar donde se podría jugar perfectamente una partidita.

Ultimamente las parejas lo han puesto de moda para hacerse el amor, pero no de a pie, sino cómodamente instalados en un auto, lo que facilita las más fogosas declaraciones y las más encendidas frases dichas al oído de la amada y que son las mismas que conoce la humanidad desde la más tierna infancia del planeta.

El San Luis es un cerrito tan chico que sirve únicamente para que jueguen los niños menores de diez años y para que rompa la monotonía de la Avenida Apoquindo al llegar a la Plaza España.

El cerro Blanco.

El cerro Blanco es feo. Horriblemente feo. No tiene defensa posible. El día que lo arbo-

len (dentro de cinco mil años) quedará más o menos pasable y podremos hablar de él con más detenimiento que ahora. Para colmo queda entre los cementerios Católico y General, lo que le da un aspecto mucho más fúnebre aún y un indisimulable olor a muerto. En unas cuevas parecidas a las descritas por Dante en uno de los capítulos de "La Divina Comedia", dedicados al infierno, viven unos pobres compatriotas nuestros que están listos para trabajar en "Los ex Hombres", de Máximo Gorki.

Un trozo de Suiza.

El Manquehue no parece de Santiago. Es un trozo de Valparaíso, de Viña o de cualquier balneario costero, con casitas en el aire, chalets con techos puntiagudos, *bungalows*, etc. Subir a él en una tarde de primavera o en una noche de invierno, cuando la capital se pone una coqueta chalina de niebla, es uno de los espectáculos más maravillosos que puede ver el ojo de un extranjero aficionado a la naturaleza y a tomar fotos de lugares curiosos.

Bien situado.

Santiago tiene la siguiente particularidad: está a una hora y media más o menos de la costa en auto y a veinte minutos de la cordillera. O sea, que a un poco más de un cuarto de hora se puede hacer esquí y en noventa minutos se puede estar nadando tranquilamente en las aguas del Pacífico.

Esto no lo puede contar ninguna ciudad del mundo.

El clima es perfecto. Seco y suave. En invierno hace frío, pero no mucho, y en verano hace calor, pero en la tarde y en la noche refresca y la atmósfera es impagable.

Lo que han dicho.

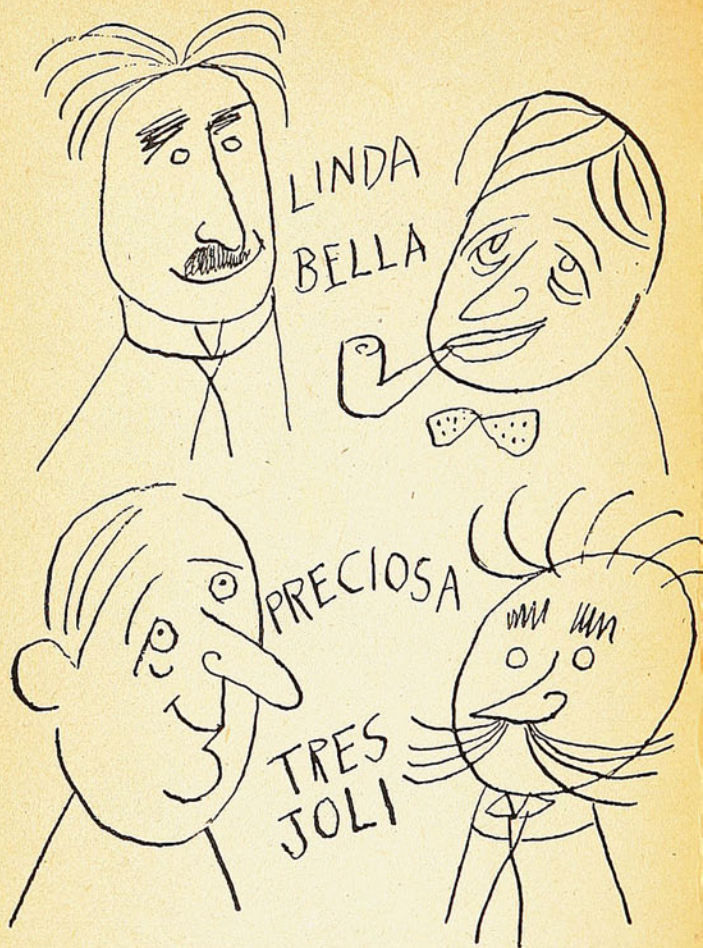
Esto lo perciben mucho mejor los extranjeros que los chilenos.

Vicente Blasco Ibáñez, Ortega y Gasset, Marañón, Paul Morand, Andrés Maurois, el Conde de Keyserling, Ramón Gómez de la Serna y muchos otros han dicho frases admirables sobre esta ciudad que apenas conocen los habitantes de ella.

Ciudad distinta.

Nadie puede negar que Santiago tiene personalidad. Es una ciudad ni fea ni bonita, sino *distinta*. Hay que estar en Madrid, Londres, Moscú o París para medir exactamente la emoción que produce esta capital dispersa y como lanzada al azar desde lo alto de la cordillera, desparramándose en forma incesante y alejándose al galope en dirección al mar.

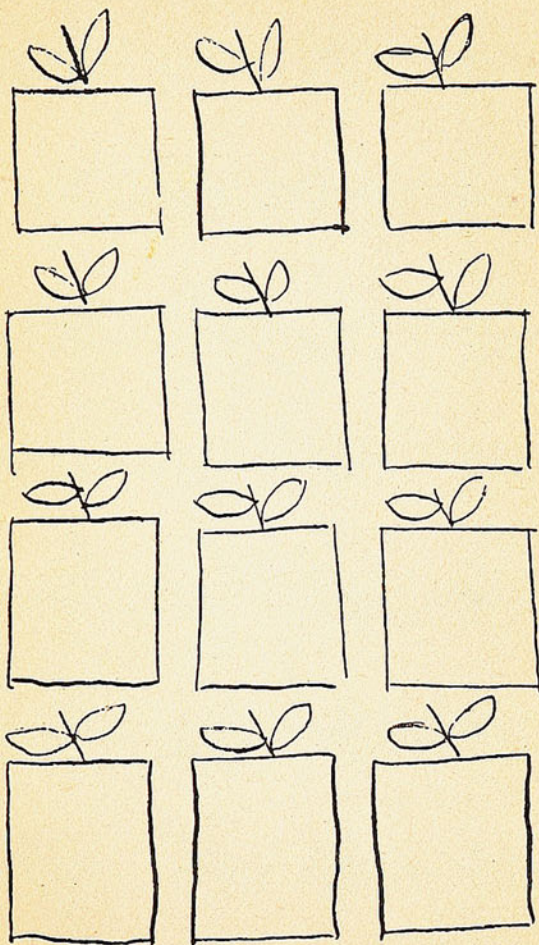
Construida de acuerdo con el viejo molde español, es fácil orientarse en ella porque las casas están agrupadas en manzanas perfectamente cuadradas y no existen los complicadísi-

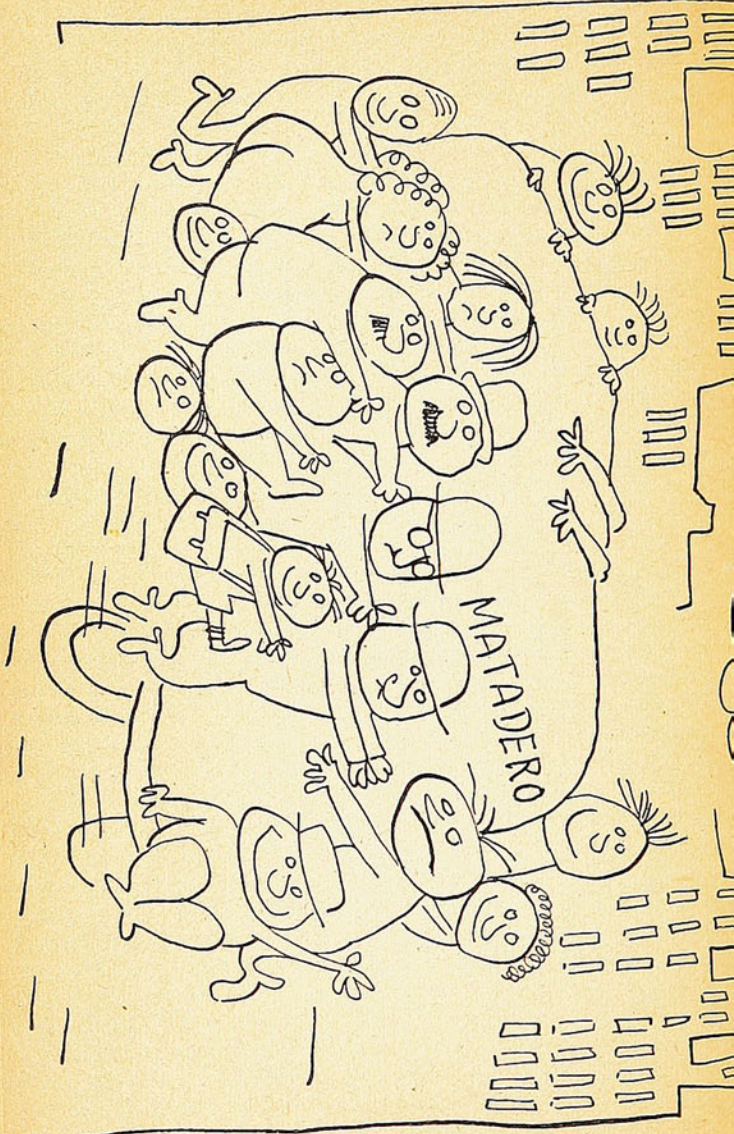


mos problemas que se plantean en Tokio o en Caracas para poder dar con una dirección determinada.

Para buscar un número.

Todo lo anterior está desmentido en parte con las calles, callejuelas, callejones y avenidas





abiertos últimamente y que tienen los nombres más absurdos y disparatados, que no conocen los carabineros ni los bomberos en servicio activo, por lo cual es muy conveniente que, además de leer estas interesantes líneas, amigo lector, se compre una guía turística (ojalá actualizada) para poder orientarse en el laberinto de vericuetos nuevos recientemente inaugurados que forman el cascarón de la capital de Chile.

Como muestra un botón: calle Los Aromos hay cuatro o cinco, y este fenómeno se repite con bastante frecuencia, por lo cual una carrera en auto presupuestada a sólo dos escudos termina costando siete después de una hora y media de desesperada búsqueda del lugar indicado, y la persona invitada a almorzar llega al justo a la hora de once.

Locomoción.

Santiago tiene troles, buses y liebres. Además *debería* tener taxis, pero nadie sabe por qué, y a pesar de que existen cinco mil inscritos oficialmente, no hay forma humana ni divina de encontrar uno después de las siete de la tarde.

Hay horas geniales en esta ciudad: entre ocho y nueve de la mañana, entre una y dos de la tarde y entre siete y nueve de la noche. En esos tres lapsos no hay cómo subirse a un micro o a un trole. No hablemos de liebres porque, aparte de que no se ha inventado nada más chico ni más incómodo en el mundo, el chofer que las maneja va generalmente tan de mal ge-

nio que no para en las esquinas y se limita a hacer un movimiento despectivo con los hombros. Cuando va de buen humor (dos días al año), está escuchando un partido de Colo Colo por la radio, por lo cual la atención al público es igualmente deficiente.

Con auto.

No hay tragedia más espantosa que cuando un santiaguino más próspero que el resto se compra un auto. Se le presentan los siguientes problemas: no hay dónde estacionarlo, le roban la radio, le quiebran el parabrisas, le abollan el tapabarros, le hurtan los faroles, le escriben garabatos en la carrocería y, por último, le pasan un parte.

Ultimamente estamos progresando y esto se traduce en innumerables playas de estacionamiento que han terminado por hacer desaparecer casi todos los edificios de algún interés histórico que tenía Santiago, dando origen a una serie de solares vacíos que dan la impresión de una ciudad bombardeada por alguna escuadrilla enemiga.

Los puentes.

El río Mapocho tiene varios puentes. Todos son feos, a excepción de los tres de Pedro de Valdivia Norte y de la llamada "Pasarela", que el público bautizó rápidamente como "Puente de los Suicidas", porque tres personas pasaron a

mejor vida una vez que se convencieron de que era mucho más práctico tirarse al río Mapocho que seguir pagando nuevos impuestos frente a la ventanilla de alguna caja.

El único puente que tenía tradición en Santiago era el de Calicanto, por lo cual fue destruido inmediatamente por los santiaguinos, que parecen enemigos personales del pasado y de la historia.

Estatuas.

Santiago tiene una infinidad de estatuas. No hay guerrero, conquistador, novelista, escritor, poeta, caudillo, político, senador o diputado y hasta regidor que no cuente con la suya.

En Chile las estatuas son feas pero pintorescas. Ya dijimos lo que teníamos que decir de don Pedro de Valdivia. Victorino Lastarria, que está en el Santa Lucía frente a Agustinas, parece que era tan pesado que su estatua está a punto de reventar el pedestal. En la Alameda, O'Higgins sigue saltando por encima del soldado español en Rancagua con el consiguiente desagrado de todos los ciudadanos hispanos que viven en el país. San Martín levanta la bandera hacia el cielo y Simón Bolívar caracolea en su corcel frente a la Avenida Brasil. Don Carlos Walker Martínez —que fue tan católico durante su vida— hace un gesto muy feo con la mano, por lo cual es mejor que bajemos la vista y no insistamos sobre él. La de Manuel Rodríguez, que está en la Avenida Bustamante, no parece

una estatua, sino un encendedor automático. Don Crescente Errázuriz y don Abdón Cifuentes custodian la Universidad Católica. La familia Balmaceda debe estar muy enojada con el monumento que le levantaron a don José Manuel Balmaceda a la entrada del Parque Gran Bretaña, y que se parece a todos menos al gran Presidente.

El Parque Gran Bretaña.

Este Parque ha cambiado varias veces de nombre. Primero se llamó Japonés, pero luego se lo cambiaron a raíz de que rompimos relaciones con el Imperio del Sol Naciente durante la última guerra mundial y creímos de buena fe que podríamos tomarnos Tokio. Ahora, para hacerles la pata a los gringos, se le llama Parque Gran Bretaña, y sobre sus finos y suaves prados se eleva una de las pocas estatuas que se pueden tomar en cuenta en esta capital: la de Ariel y Calibán, de Tótila Albert y dedicada a José Enrique Rodó, y que el público santiaguino conoce burlescamente por "el monumento al dedo".

Más monumentos.

La Moneda está entre dos estatuas: Portales por el norte y don Arturo Alessandri por el sur. Este último enfrenta a la del general Bulnes, que queda en la Plaza del mismo nombre y que se ve obligado a recibir a los demócratacristianos y a los frapistas, alternadamente,

unas veinte veces al año. Al final de la misma avenida se elevará dentro de poco el monumento a don Pedro Aguirre Cerda, en el cual han intervenido toda clase de personas sin ningún contacto con la escultura y el urbanismo y sin tomar en cuenta mayormente la idea original del autor, que por supuesto es un escultor de fama cuya obra ha quedado irreconocible.

Don Antonio Varas y don Manuel Montt conversan día y noche frente a los Tribunales de Justicia. Don Andrés Bello sigue sentado frente a la Universidad de Chile, meditando sobre lo poco que toman en cuenta su Gramática Castellana, y los hermanos Amunátegui hacen todo lo posible por bajarse de su pedestal para entrar al Club de la Unión, que queda cerca, a tomarse un trago. Fuera de estas estatuas están las dos señoras que quedan en la Alameda frente a Dieciocho y que son conocidas por "Sonia y Myriam"; el Caupolicán del Santa Lucía; Luis Emilio Recabarren, que acaba de colocar el chico Corvalán en la Plaza San Diego; y varias más que no tienen mayor importancia.

El precursor de Hitler.

El Parque Forestal cuenta con la Fuente Alemana, que es un verdadero sindicato de estatuas de todos portes y para todos los gustos. Entre las figuras se destaca un muchacho sumamente alemán que sigue haciendo el saludo nazi a pesar de que Hitler se suicidó hace más de veinte años en Berlín.

La colonia italiana nos regaló un león muy decorativo que está en la Plaza Baquedano, y el general de la guerra del Pacífico está custodiado por cuatro de sus más fieles soldados y por la eterna caravana de micros que le rinden honores a la pasada.

Don Alonso de Ercilla y Zúñiga, creador de los magistrales versos de "La Araucana", se levanta entre los viejos Arsenales de Guerra y la Escuela de Ingeniería, invitando a las parejas a que vayan a pololear al Parque Cousiño. A la vueltecita, frente al Tacna, hay un soldado que está en medio de la calle provocando toda clase de choques, tacos y molestias que es del caso suponer, y los socios del Círculo de Periodistas le han levantado un obelisco ridículo y absurdo a Camilo Henríquez por haber creado el periodismo nacional y lanzado el primer ejemplar, húmedo a tinta aún, de la "Aurora de Chile".

Cifras.

Pero dejemos las estatuas y vamos a las estadísticas, que tanto les gustan a los caballeros serios, a los asesores económicos y a los promotores, que están muy de moda en estos momentos.

Cines.

Santiago tiene noventa y nueve cines, la mayoría de los cuales son rotativos, lo que permite que los empleados fiscales y semifiscales vayan a ver al Agente 007 en vez de atender al público

y que las parejas se juren amor eterno viendo a Rock Hudson y a Claudia Cardinale.

Por disposición reciente de la Ilustre Municipalidad de Santiago, los cines deben cerrar a las 11.30 P. M., lo que impide ver los tres primeros rollos de la película a casi la totalidad de los habitantes que salen de noche al cine, teniendo que conformarse con que les cuente el comienzo algún amable y simpático empleado del teatro.

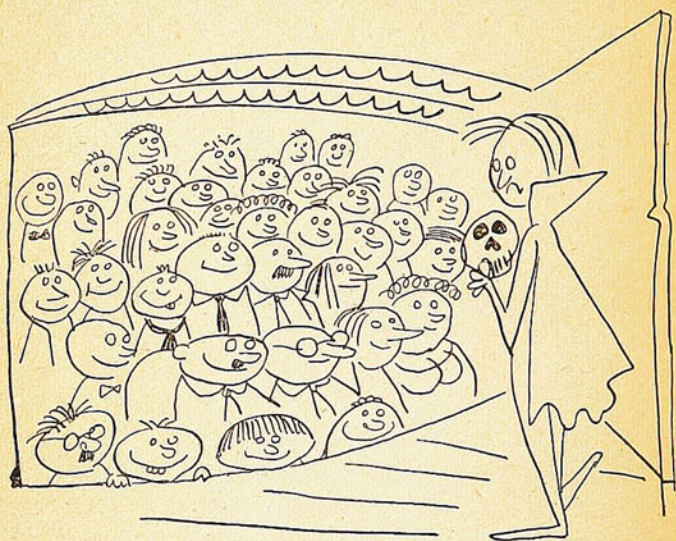
Teatros.

La actividad teatral es enorme y la musical superior a la de Buenos Aires, que tiene seis millones de habitantes. El teatro más importante es el Municipal, fundado en 1860, y que se ha incendiado varias veces. Frente a él hay un grupo de niñitos piluchos sumamente inmorales y a los cuales una mano casta y caritativa debería colocarles por lo menos un coqueto calzoncito de goma. El Municipal no tiene fantasmas como la Opera de París, y fue planeado nada menos que por Garnier, autor del plano de su colega de la Ciudad Luz y del Colón de Buenos Aires.

Como el Municipal tenía una escalera monumental en el hall, no faltó alguien que la echara abajo, quitándole una de las pocas cosas bonitas que tenía nuestro primer coliseo nacional.

Rápidamente anotaremos los siguientes teatros: Moneda, Antonio Varas, Camilo Henríquez, Marú, Petit Rex, Comedia, Callejón, etc. Los teatros son grandes y chicos. Los que están de

moda son los chicos con capacidad para cien personas, pero que resisten la invasión de quinientos espectadores por parte baja los días de



estreno, aparte de los críticos, parientes de los actores, periodistas con vale, intrusos, etc.

Vida bohemia.

Antes los cómicos se reunían en el Fancy, el Bonsy o en el Lucerna. Actualmente se juntan de vez en cuando en el Jamaica, de la calle Estado con Huérfanos. Los periodistas no se reúnen en el Club de Periodistas, sino en el Bosco, que es el corazón de la bohemia santiaguina y donde también se reúnen los poetas, los novelis-

tas, cuentistas, ensayistas, melencólicos, chascones, barbones y otros ramos similares.

El Bosco queda frente a la Iglesia San Francisco y su mayor actividad se registra entre las doce de la noche y las seis de la mañana. Pretende ser una mezcla de Café Flore y el Deux Magots, de París.

Si lo saben los parisienses, nos declaran la guerra.

Museos.

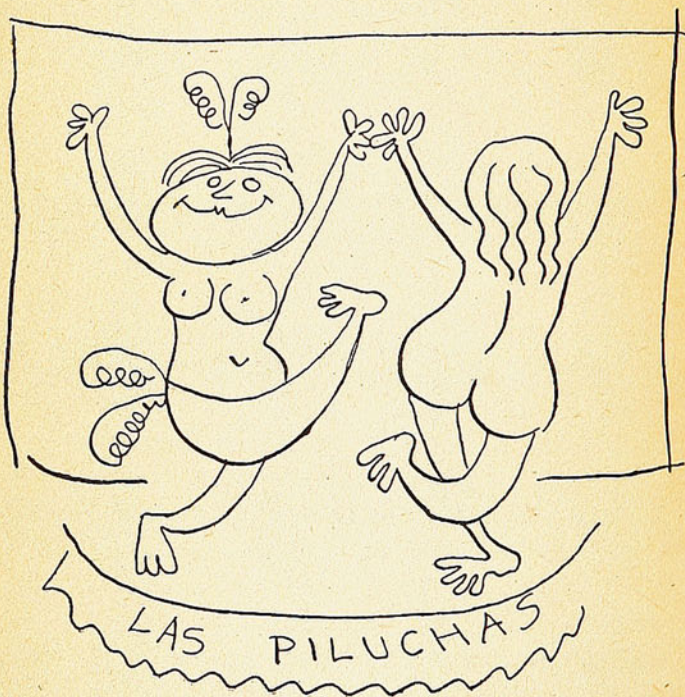
Tenemos varios museos: el Histórico, que funciona en la Biblioteca Nacional, y donde se puede recorrer cómodamente la agitada existencia de este país desde que le puso la primera piedra don Pedro de Valdivia hasta que puso la última don Eduardo Frei; el de Bellas Artes, donde hay una pequeña parte del desarrollo cultural y pictórico de Chile; el de Arte Popular, que está en la punta del cerro Santa Lucía, lo que lo hace inaccesible a todo enfermo del corazón, y los de Arte Contemporáneo e Historia Natural, que están en la Quinta Normal.

Aparte de éstos es conveniente citar el de Vicuña Mackenna, que queda en la avenida del mismo nombre y que tanto de lejos como de cerca parece un mausoleo, y el pequeño Museo de Ballet, actualmente en formación y que, según las *étoiles* de la Opera de París que estuvieron hace poco en Santiago, es uno de los más curiosos que hayan visto en su vida. (*Oh là là!*)

Naturalmente, amigos lectores, esto último es una galantería parisiense y nada más.

Desnudos.

En materia de piluchas y género frívolo, Santiago cuenta con el Opera, donde funciona el Bim Bam Bum; el Humoresque y el Picaresque. El primero es el único que interesa y que-



da en Huérfanos entre San Antonio y Estado. Antes funcionaba allí un gran restaurante con números artísticos y *shows*, que se llamaba Ca-

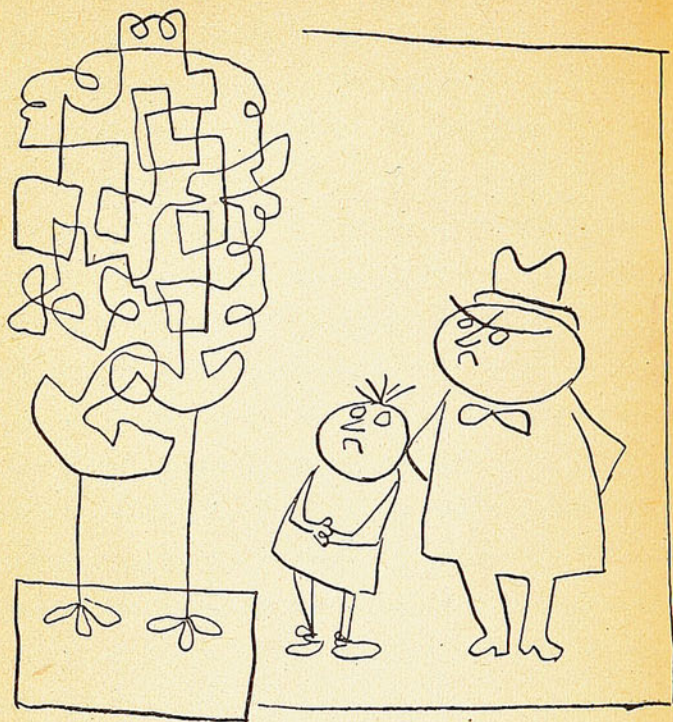
sanova, y que era muy bueno y sumamente refinado.

Por ambos motivos quebró al poco tiempo, a pesar de la iniciativa creadora del popular Bobby Deglané, uno de sus dueños, que prefirió irse de Chile para seguir triunfando en España y no arriesgarse con negocios dudosos en su amada patria.

Arte.

Para ser tan chicos, tenemos bastantes Galerías de Arte. Anotaremos rápidamente El Patio, que queda en Providencia; las dos Galerías del Banco de Chile (una en un segundo piso de la calle Huérfanos y otra en el subterráneo en la esquina de Agustinas con San Antonio); la de Carmen Vaugh, en los bajos del Teatro Moneda, y la que se mantiene permanentemente en los Institutos de Providencia y Las Condes, que son los más activos en la materia.

Hasta hace poco tiempo Marta Faz tenía una estupenda Galería en Moneda al llegar a Estado, que tuvo que cerrar rápidamente en vista de que los aficionados al arte se demoraban demasiado en pagar las telas y las esculturas. Finalmente, cerca del Bar Inglés, del cual hablaremos oportunamente, hay una pequeña Galería de Arte que se llama Barrio Latino y que es tan chica que los cuadros tienen que disfrazarse de tarjetas postales para poder ingresar a ella.



Los paseos.

Los más importantes paseos santiaguinos son: los parques Cousiño, Forestal y Gran Bretaña; los cerros Santa Lucía y San Cristóbal, y la Quinta Normal.

Copia del Bois.

El Parque Cousiño fue un verdadero Bois de Boulogne a fines del siglo pasado. A principios de

éste existía al final del tranvía 19 (que entraba al Parque y llegaba hasta la laguna) un curiosísimo "Panorama de Maipú" que era único en el mundo. Exhibía una enorme tela pintada especialmente por un gran artista italiano y que era una de las más grandes que se habían pintado en el planeta.

Los santiaguinos que ahora son abuelos o bisabuelos iban todos los domingos a ver cómo O'Higgins se abrazaba calurosamente con San Martín y podían presenciar desde un cómodo mirador a la caballería chilena, a la infantería española y a los húsares y dragones en posición de combate, y a los heridos y muertos hechos con tal fidelidad en maniqués de cera y con los uniformes de la época escrupulosamente reproducidos, que daban la impresión de que la lucha por la independencia continuaba igual que en 1817.

El estallido de un polvorín a poca distancia del "Panorama" reventó la cúpula y terminó con él. Más tarde las gallinas se encargaron de comerse los últimos trozos de aquella fabulosa tela rigurosamente histórica.

El Parque, que era el paseo obligado en las tardes de primavera y verano, fue siendo abandonado poco a poco, hasta que volvió a hacerse popular, pero de manera muy distinta, al aparecer casi todos los días en los diarios sensacionalistas, y a cinco columnas, los cogoteos y asaltos nocturnos que se realizaban en él con una frecuencia aterradora.

Todavía existen la laguna y el cerrito, que por supuesto no han podido robarse pedazo por

pedazo; pero el encanto que tuvo en otros tiempos ha desaparecido totalmente.

La Quinta.

La Quinta Normal, al final de las calles Compañía y Catedral, es apenas la vaga sombra de lo que fue en otros tiempos. El llamado "progreso" se ha ido comiendo poco a poco el paseo y ahora hay casas y departamentos en los mismos sitios en que antes se levantarán orgullosamente los robles y los pinos. Pero algo queda. Anotamos a la pasada: el Museo de Arte Natural, el de Arte Contemporáneo, la Casa de las Botellas —única en el mundo y construida íntegramente con los cascotes de las botellas, equilibrándose por milagro sin ninguna ligazón entre sí—, la romántica laguna con los botes, las pocas avenidas que se mantienen por milagro y el largo trencito que corre por toda la Quinta haciendo las delicias de los ciudadanos sin derecho a voto aún.

Los días domingos la Quinta se anima, aumenta el público, llegan gitanas y "canutos" y a ratos da la sensación de estar en el Hyde Park londinense en pleno corazón de Santiago.

El Forestal.

El Parque Forestal, en cambio, es noble, señorial y francés, como que fue planeado por unos caballeros enamorados de París del siglo pasado que quisieron reproducir un trozo de la capital gala en pleno centro de la capital chilena, junto al río Mapocho.

La plaza de juegos infantiles, la Fuente Alemana, la estatua a Rubén Darío, el monumento a la Aviación, el de la colonia francesa, que se conservan por milagro, y los árboles que se defienden heroicamente, hacen del Parque Forestal uno de esos románticos rincones que uno recuerda siempre con nostalgia cuando se encuentra lejos de la capital de Chile.

El Gran Bretaña.

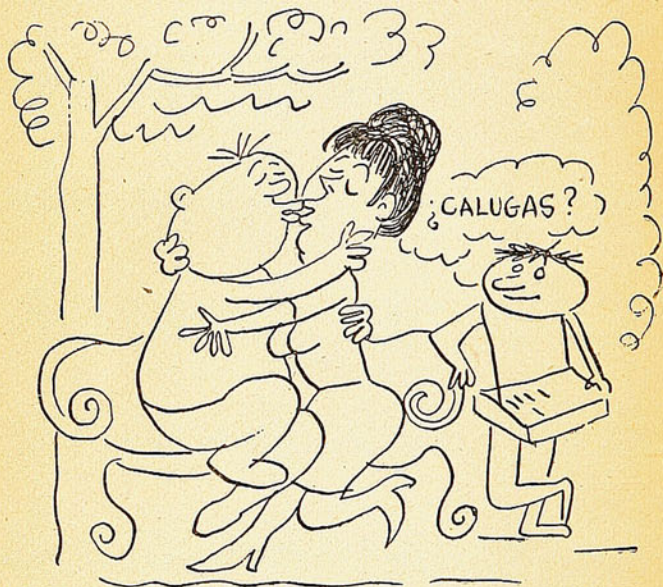
El Parque Gran Bretaña y ex Japonés no tiene nada de inglés ni de nipón. Son ocho cuerdas que corren paralelamente junto al Mapocho y además ostenta el discutido edificio de las Torres de Tajamar, que es el único rascacielos que tiene veintiocho pisos en el país. Ahí están la pileta donde los niños lanzan sus yates y veleros los días domingos, haciéndose competencia, y el pintoresco restaurante —sólo para niños de día y para grandes de noche— que se llama Colorín Colorado, y que parece creado por Walt Disney en persona.

Para pololear.

Hasta hace treinta años Santiago tenía "paseo", esa vieja costumbre española que aún se conserva en casi todas las capitales, pueblos y villorrios de la Península. Ahora ya no existen los de la Alemada de las Delicias, de la calle Ahumada, de Huérfanos, del Parque Forestal y de algunas plazas, cuyo recuerdo palpita en el corazón de todos los santiaguinos, como el de la Plaza Brasil, Plaza Ñuñoa, Plaza Sucre, Plaza Pe-

dro de Valdivia, etc. En aquellos tiempos las niñas se paseaban por un lado y los jóvenes por otro. Las mamás, sentadas en los bancos vecinos, se encargaban de vigilar la marcha de los respectivos romances para saber cuál de ellas podía llegar a un sólido matrimonio. Esto último tenía relación directa con:

—Si era profesional.



—Si el papá era rico.

—Si iba a heredar por algún lado, etc.

Evocaciones.

En Recoleta, frente al Liceo N.º 4, y cerca de la calle Buenos Aires, existía también un pa-

seo muy pintoresco que aparece admirablemente descrito por Alberto Romero en "Un Milagro Toya". En él participaban activamente las niñas de la colonia árabe residente. Al comienzo del siglo era famoso el paseo en coche, carrozas y *breaks* que venían al Parque Cousiño al atardecer y donde desfilaban las mujeres más lindas de este país.

Todas estas sanas y alegres costumbres se han ido extinguiendo con la marcha del progreso y sobre todo con la marcha misma de la ciudad, que, cansada de bostezar en el centro, ha decidido trasladarse al oriente, levantando enormes barrios que fueron desconocidos para nuestros abuelos, como Ñuñoa, Providencia, Las Condes, Apoquindo, Pedro de Valdivia Norte, El Arrayán, etc.

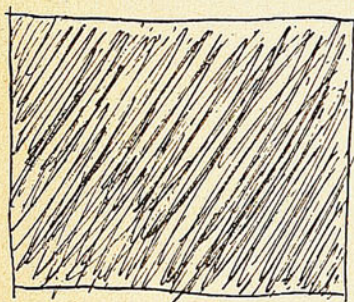
Medianoche.

Después de la doce de la noche Santiago inicia una intensa vida nocturna.

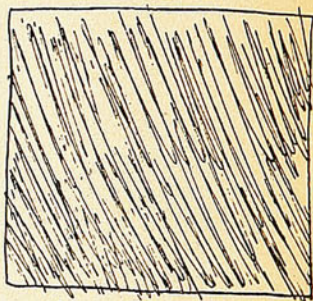
Los caballeros de sesenta años dicen que la capital era mucho más entretenida antes que ahora.

Esto es falso, como todo lo que dicen los caballeros de esa edad. Ellos hablan románticamente de la época del Fancy y del Lucerna. Los santiaguinos de hoy, en cambio, se entretienen en el Tap, el Mon Bijou, el Night and Day, Lo Curro, Las Brujas, el León Rojo, La Jaula de los Pájaros, el Drive-in Charles, el Tacora, el Sarao, el Club de la Medianoche, etc. Aparte de esto, y para las parejas que por diversos moti-

vos no quieren ser identificadas, existen el Domus y la Posada del Corregidor, donde pueden entrar con toda confianza, guiados sólo por una pequeña linterna, en la profunda oscuridad que reina en ambos sitios. El Domus está en Bandera al llegar a Agustinas, y la Posada —verdadera maravilla histórica que se mantiene inalterablemente abierta desde las siete de la tarde hasta las tres de la madrugada—, en Esmeralda al llegar a San Antonio. Allí usted puede besar



EL DOMUS



LA POSADA

o ser besado con toda comodidad, tomando un agradable vino caliente y escuchando un tango compadrón o un disco con nostálgicas melodías francesas.

Llegó la hora de comer.

Si a usted le gustan los platos sabrosos y es aficionado a la buena mesa, le vamos a recomendar, sin hacer propaganda comercial de nin-

guna especie, algunos nombres para que elija los restaurantes de acuerdo con la nacionalidad de la comida que le apetece.

Si le gusta la comida italiana, ahí están el San Marco, Le Due Torri, la Carla, el Chiaranda y los amplios comedores del Audax Italiano, en la calle Lira. Si le agrada el "picante" peruano, le espera el club del mismo nombre... Los alemanes cuentan con el München, el Bremen, el Germania, el Club Alemán, el Rhenania, el Club Patria y el Innsbruck. Este último es un pequeño y pintoresco lugar ubicado en Avenida Apoquindo, en pleno campo y cerca de varios bucólicos sauces llorones que le sirven románticamente de telón de fondo.

Los franceses tienen La Cascade y el Emilio, para citar solamente los más importantes, y los españoles, el Pinpilinpausha, de la pequeña calle Matías Cousiño; el Txoko, a la entrada de Santa Rosa, y el Miraflores, la Tasca, el Centro Catalán, el Centro Republicano, el Centro Vasco y el Solar de Sancho Panza. Agreguemos a todo esto un buen jerez tomado rápidamente en el Capri (ex Agustín), que queda en San Antonio, entre Monjitas y Santo Domingo.

Y por último, si a usted le gusta el "alós con palitos" servido por camareros con la piel amarilla, ojos rasgados y pómulos mongólicos, le recomendamos el Danubio Azul, el Cantón, el China y el Hong-Kong, fuera de tres o cuatro más picantes que se nos escapan... o que dejamos escapar para no estirar demasiado la lista.

La Casa de Dios.

Santiago es una ciudad sumamente espiritual y tiene toda clase de templos elevados a Dios por las diversas religiones. Naturalmente la católica es la más importante y con mayor número de edificios destinados al culto.

Hay noventa y dos parroquias, cincuenta conventos de religiosas y ochenta casas de religiosos. Las más importantes son la Catedral, las Agustinas, La Merced, El Salvador, el Sagrario y San Francisco. Las dos más antiguas son la Recoleta Dominica y la Veracruz —en la que se casó el autor de estas líneas—, que queda en Victorino Lastarria al pie del Santa Lucía.

Además de las citadas, existen la Iglesia Presbiteriana, en la calle Santo Domingo; la Metodista, de la Avenida Portales; la Evangelista Alemana, de la Avenida Lota; la Metodista Pentecostal, en Jotabeche; la Evangelista Pentecostal, de Sargento Aldea; la Bautista, de calle Compañía; Saint-Andrew Church, de Avenida Holanda, y la Union Church, de Providencia. Los ortodoxos corrientes tienen su templo en Santa Filomena, y los ortodoxos rusos, en Alameda a la altura del 1900. Los israelitas cuentan con tres sinagogas: una en Serrano, otra en Portugal y la tercera en Santa Rosa.

También existen un templo budista y una mezquita.

Párrafo especial merece el Club de la República, donde se reúnen los “hermanos” compás en mano y con el mandil puesto.

El corazón de la capital.

Desde el punto de vista del progreso urbano, la cuadra más moderna de Santiago es Agustinas entre Ahumada y Bandera. Desde el punto de vista arquitectónico, Ismael Valdés Vergara frente al Parque Forestal. Desde el policial y aventurero, las pequeñas calles París y Londres, que parecen no pertenecer a Santiago, sino que simulan una fracción de Inglaterra o de Francia, y donde se pueden encontrar el mayor número de hoteles equívocos y de casas de citas con que cuenta esta infatigable capital, que no pierde el tiempo en materia amorosa.

Aparte de estas calles, las avenidas que corren junto al río Mapocho, las calles Lota, Holanda, Los Leones y casi todas sus paralelas, son los escasos jirones de verde con que contamos en la capital y que le dan un encanto especial y totalmente europeo al Barrio Alto.

Vestigios del pasado.

Santiago es una ciudad que ha ido creciendo y borrando rápidamente el escaso pasado colonial que nos quedaba. Sólo nos restan La Moneada, Santo Domingo, San Francisco, San Agustín, la Posada del Corregidor, la Casa Roja, que queda en Mac-Iver y Santo Domingo, y la Colorada, que es una vergüenza nacional, donde sobran los bares bohemios, los boliches donde las niñas toman los puntos a las medias y donde vivía don Mateo de Toro y Zambrano, que presidió la Primera Junta de Gobierno, el 18 de septiembre de 1810.

Si don Mateo tuviera el gesto de humor de resucitar ahora, se caería muerto de un infarto al ver lo que queda de lo que fue la histórica mansión.

Ultimamente se ha tomado la costumbre — muy europea por cierto— de iluminar los edificios públicos, imitando en esto a París y Londres. Esa es la razón de que La Moneda se vea bastante bonita de noche, que San Francisco — a pesar de que está metido en medio de la Alameda impidiendo el paso de los micros y liebres— y el Palacio de Bellas Artes sean los únicos ejemplares que podemos exhibir dignamente ante los extranjeros.

La otra capital.

Pero hay otro Santiago mucho más entretenido que voy a describir someramente: el Santiago sicológico.

Es muy distinta una calle del Barrio Alto a una calle del Barrio Sur. Los barrios bravos ya no son San Pablo, Maipú, Avenida Matta o Independencia como antes, porque los cogoteros han decidido tomar micro y partir hacia las solitarias calles de los suburbios y a las poblaciones callampas, donde no hay un solo foco de luz, para asaltar cómodamente a los transeúntes que se atreven a caminar después de las dos de la mañana.

El Barrio Alto es francés, inglés, italiano, alemán, norteamericano, cualquier cosa, menos santiaguino. Los niños son rubios, las muchachas

andan con pantalones y todo el mundo tiene auto. Es la billetera y la caja de fondos de la capital. El barrio Brasil, con Catedral y Compañía abajo, Maturana, Cumming, Bulnes, García Reyes, Sotomayor y Libertad, parece un viejo rincón provinciano que vive de su pasado esplendor con antiguas casas señoriales que ahora son humildes pensiones de estudiantes o residenciales modestas.

República, Avenida España, Ejército y Dieciocho conservan sólo el cascarón de los viejos tiempos, cuando vivían en ellas las debutantes más lindas y las señoras más encantadoras, que aparecían puntualmente en las páginas del "Zig-Zag" o de la revista "Familia", allá por el año 10.

Provincia pura.

Las paralelas a Alameda hacia el sur tienen un aspecto de solitarias y tristes calles de provincias que podían estar perfectamente en Chillán, Curicó, Talca y otros puntos. Recoleta tiene algo de conventual, de tonsura de sacerdote o de toca de monja, y la Avenida de la Paz es fúnebre desde la partida hasta culminar en el Cementerio General. Por allí desfilan los caballeros y las señoras que han aparecido en la sección defunciones de "El Mercurio" y que van a descansar definitivamente en el Cementerio General o en el Católico.

Para colmo, a la entrada se venden coronas, cojines y ramos de flores.

Allí y en sus proximidades de alzan la Casa de Orates, la Clínica Siquiátrica, el Hospital José Joaquín Aguirre, la Escuela de Medicina, la Morgue, y al llegar al cementerio mismo, los artesanos trabajan, como en los tiempos de la Edad Media, tallando nichos y placas mortuorias al aire libre.

Los "ex".

Ya hemos dicho que Santiago tiene dos cementerios: el Católico y el General. El segundo es más alegre que el primero, que a ratos da la impresión de que fuera un convento bajo techo donde los muertos se aburren como ostras en sus respectivos nichos presenciando de vez en cuando la llegada de algún lejano pariente o amigo solitario que les viene a dejar una corona.

Como los habitantes de la capital insisten en morirse con bastante frecuencia, se ha proyectado un nuevo cementerio en La Cisterna (el Metropolitano), y, cuando sea inaugurado oficialmente, gastaremos quince escudos al ir a dejar a un lejano pariente difunto cuyo nombre olvidamos hace ya mucho tiempo.

Por los barrios.

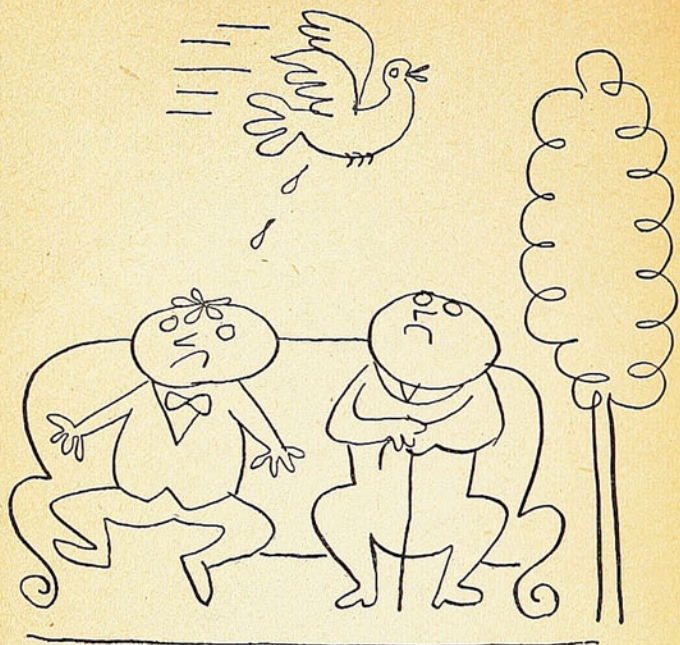
Pero volvamos a los barrios. Ñuñoa fue encantador hasta hace unos treinta años. Sus "paseos" en las dos plazas (Pedro de Valdivia y Ñuñoa, respectivamente) fueron tradicionales y

en ellos pololearon casi todos los papás y mamás que ahora tienen medio siglo. Más tarde, con los loteos de terrenos, desaparecieron las avenidas densamente arboladas que había, especialmente en Pedro de Valdivia y demás sitios vecinos. La llegada de una serie de nuevos ricos y de millonarios de cierto gusto hizo que se edificaran enormes mansiones; aparecieran grandes colegios para niñas y niños, donde se puede estudiar inglés, francés, alemán o italiano; la edificación de enormes estadios de las diversas colonias (alemana, italiana, israelita, francesa, yugoslava, etc.) y la marcha incesante de la ciudad hacia la cordillera borraron un poco el prestigio de Ñuñoa para dar margen al nacimiento de barrios alegres y modernos, como Las Condes, Apoquindo, El Golf, Manquehue, Pedro de Valdivia Norte y varios más.

La Plaza de Armas.

A pesar de que el centro geográfico de Santiago es la Plaza de Armas, ésta ya no tiene el prestigio ni la importancia de hace cien años. Se la ve provinciana y sólo la frecuentan jubilados y palomas. Estas últimas trabajan a medias con las lavanderías y tintorerías vecinas...

De la Colonia y del siglo pasado, sólo restan los Portales (Bulnes y Mac-Clure), que exhiben sus típicos arcos españoles como en los amarillentos grabados de antaño. Los días domingos los carabineros se dedican a tocar, tambor y clarín en mano, a Beethoven, Wagner y otros compositores geniales, con el general be-



neplácito de los oyentes, cuyo gusto musical ha progresado notablemente en los últimos tiempos.

Las entradas.

Santiago tiene tres puertas y las tres igualmente feas. Son: el campo aéreo de Los Cerrillos y las estaciones Mapocho y Central. Los trenes que vienen de Valparaíso pasan a través de innumerables ranchos y poblaciones callampas para que los viajeros que vienen de Estados Unidos o de Europa creen que somos una tribu escapada del Congo o algo por el estilo.

Los que vienen del Sur llegan a la Estación Alameda, que era vieja y pasada de moda hace más de medio siglo y que se mantiene allí por exceso de amor al pasado de los sucesivos alcaldes. Por último, los turistas que han viajado desde más lejos y que desembarcan en Los Cerrillos, se ven obligados a desfilar (incluyendo al Mariscal Tito, Saragat, De Gaulle, la Princesa Margarita, Balduino y Fabiola) a través de una avenida más o menos discreta y luego por una serie de poblaciones tan infectas como las que decoran la entrada por la Estación Yungay.

Además de Los Cerrillos, existen los aeródromos de Lo Castillo, Tobalaba y El Bosque.

Casas históricas.

Los santiaguinos somos muy poco aficionados a la tradición, a pesar del éxito de "Adiós al Séptimo de Línea", de Jorge Inostrosa, y de las canciones de Los Cuatro Cuartos sobre la guerra del 79.

Esto se demuestra en el hecho de que las grandes mansiones históricas, que debían ser muy populares para todos los habitantes de Santiago con el objeto de recordar el pasado, son totalmente desconocidas.

En este sentido el Instituto de Conmemoración Histórica ha hecho bastante por la tradición nacional de este país colocando placas en diversos lugares en memoria de los héroes y personajes famosos. Pero no basta con eso.

Sería muy conveniente consultar a historiadores, novelistas, poetas y periodistas aficiona-

dos al pretérito, que pueden dar un sabor mucho más novelesco a la ciudad recordando las casas donde vivieron Neruda, D'Halmar, Lastarria, Santa María, Manuel Montt, Varas, Barros Arana, Vicuña Mackenna y otros personajes destacados.

La Torre.

En la segunda cuadra de la calle Santa Rosa se eleva una torre cuadrada que sólo conocen los muy entendidos en materia literaria. Allí vivió el Grupo de "Los Diez", algunos de los cuales pertenecieron a la célebre Colonia Tolstoiana de San Bernardo, y cuyas paredes cubiertas por esculturas y tallados recuerdan las obras de Pedro Prado, D'Halmar, Santiván y demás grandes artistas que integraban el grupo.

Pero hay que ser un verdadero habitante de esta ciudad, un verdadero enamorado del pasado y un conocedor a fondo de estos sillares colocados hace 425 años por don Pedro de Valdivia, para gustar el sabor de una capital con un encanto secreto y tan poco a la vista como el que tiene Santiago.

La capital tiene rincones encantadores, esquinas de cuento, calles de novela y avenidas de leyenda que sólo una persona dotada de auténtica fantasía y sensibilidad puede comprender y gustar a fondo.

Misticismo.

Por ejemplo, los Sacramentinos de la calle

Arturo Prat recuerdan lejos al Sacré-Coeur de París; la Virgen del San Cristóbal surge como un fantasma en las tardes y parece iluminar y bendecir a la capital de don Pedro durante la noche. Vista desde lo alto, se ven torres y más torres de iglesias. Parece una ciudad más católica y mística que Roma, pero no lo es tanto. En materia de procesiones hay sólo dos importantes: la del Carmen, con participación de la Escuela Militar (caso único en América), y la del Cristo de Mayo, que es una joya colonial y que hizo arrepentirse a la Quintrala, lo que ya es bastante decir. Fuera de esto tenemos el emocionante Mes de María, que es una de las cosas que le dan un color más tierno y dulce a la ciudad.

Locales de partidos.

Por si le faltaran cosas notables todavía, vamos a agregar rápidamente dos o tres. Todos los partidos políticos normalmente tienen su local, pero hay que agregar a ellos dos más: el del pintoresco MNRS, que queda en San Martín al llegar a Moneda, donde se hace el saludo nazi como en los mejores tiempos del Fuhrer y le rinden un homenaje a San Ignacio, y el de un partido químicamente hitlerista ubicado en la calle San Antonio entre Merced y Monjitas, donde los socios usan camisas pardas, svástica en la manga, correa militar, y hacen el saludo con el brazo derecho extendido frente a una descolorida foto de don Adolfo.

Prensa extranjera.

No hay una calle destinada sólo a los periódicos, como en otras partes del mundo, y la mayoría de ellos se encuentran en el Centro. Aunque parezca divertido, los diarios de más tiraje (sobre cien mil) tienen locales más modestos y menos espectaculares. Son "La Tercera" y "Clarín".

Si usted quiere leer periódicos europeos no tiene más que ir a Merced esquina de Phillips y conversar con un suplementero que tiene allí su quiosco y que recibe diarios ingleses, argentinos, italianos, alemanes, suizos, judíos, rusos y hasta chinos. Claro que tienen una pequeña falla. Son generalmente del año pasado y parece que se hubieran venido a pie de sus respectivos países hasta Santiago a juzgar por la fecha que llevan en la primera página.

El Metro.

El gran sueño de los santiaguinos es tener un Metro al estilo de los de Londres, París, Madrid o Nueva York. Desde hace sesenta y seis años se está hablando del Metro y periódicamente se comenta a varias columnas en los diarios y en la radio. Claro que sería lindo que hubiera uno que corriera de este a oeste y de norte a sur con sus combinaciones respectivas, pero existe una pequeña falla, un minúsculo inconveniente que hay que tener en cuenta: el día que haya Metro y venga un terremoto, vamos a tener medio millón de víctimas por parte baja.

Soluciones radicales.

Los alcaldes progresistas han llegado a la conclusión de que la única manera de solucionar el problema de Santiago es sacar las dos estaciones de ferrocarriles del Centro porque es absurdo que estén sólo a tres cuadras de la Plaza de Armas; cambiar la ubicación del Mercado y de la Vega, terminar rápidamente el nuevo cementerio; aprovechar el río Mapocho para transformarlo en una gran avenida que facilite el tráfico, que se hace infernal a mediodía y en la noche para la gente que vive en dirección a la cordillera; barrer con las poblaciones callampas que decoran los alrededores de la capital; cerrar los zanjones, canales y otros peligros públicos a los cuales se caen los niños pobres, y echar *flit* de la mañana a la noche alrededor del Matadero Municipal.

Con todas esas medidas urgentes, Santiago *podría* ser una capital bastante pasable.

Los habitantes.

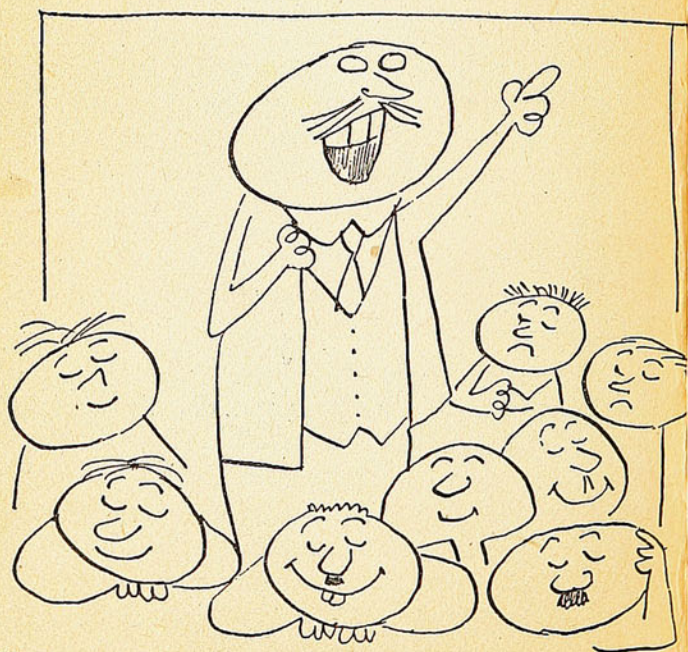
Pero falta una parte muy importante: sus habitantes.

Si usted quiere ver mujeres bonitas y elegantes, no pierda el tiempo en el Centro. Antes iban. Ahora no van. Están en el Barrio Alto y comienzan más allá de Pedro de Valdivia. Les carga la calle Ahumada, y dicen que tienen que ir a la peluquería cuatro veces a la semana en vez de dos, como lo hacen habitualmente, por culpa del polvo, el humo y la mugre.

Si quiere echarles una curiosa mirada a los chascones y bohemios, tenemos toda clase de barbones y de tipos de Saint-Michel y de Montparnasse en los estrenos del Comedia y del Antonio Varas, en la Escuela de Bellas Artes y de Arquitectura, en el Bosco y en El Candil, amén de otros sitios menos conocidos.

Sólo para mayores.

Las niñas diablas que trabajan en la calle hace tiempo que se mudaron del Parque Gran Bretaña y dejaron de llamarse "las Balmaceda del Río". Ahora actúan al pie del Santa Lucía, a la salida de los hoteles grandes (Crillon y



Carrera) y frente al casto y correcto Banco Central.

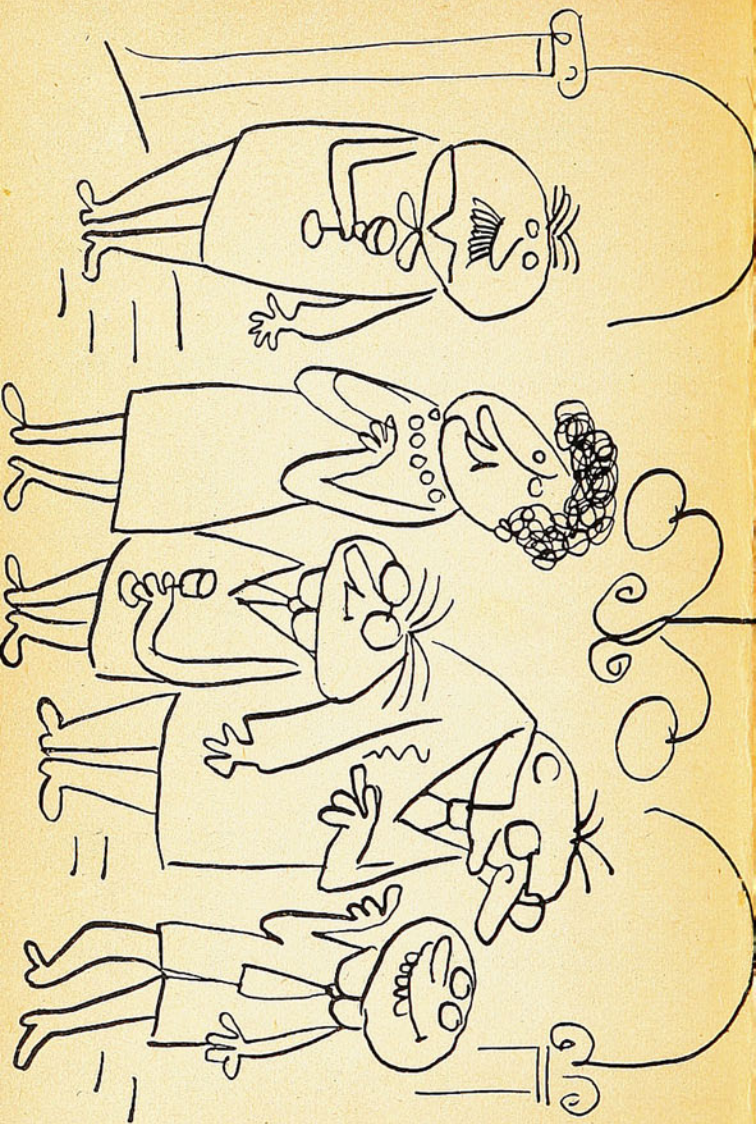
Cosas raras.

Si usted quiere ver a los políticos, vaya a la Cámara o al Senado y se aburrirá oyéndolos hablar. Los locales de los partidos no tienen interés alguno. Calcule usted mismo: la Democracia Cristiana, que está en el Poder y que cuenta con ochenta y tres diputados, posee hasta el momento un caserón de mala muerte en la Alameda frente a la Plazuela Vicuña Mackenna, que no se cae por milagro. Únicamente el cuartel general del PC presenta la relativa novedad de una hoz y un martillo en el frontis, que los "camaradas" iluminan de noche.

Tertulias.

Tertulias y reuniones con cierto *cachet* y alguna historia, hay pero pocas. Don Humberto del Canto reúne a sus amigos los miércoles a hablar de política; los socios del Club del Corcho se juntan los viernes; los redactores de "Topaze", los lunes; los de "Ercilla", los viernes a tomar té con algún político, etc.

Algunas viejitas "reciben" al estilo parisien- se (y concretamente de Proust) a determinados escritores levemente apolillados y nada más. La vieja bohemia de la época de Neruda, el chico Román, Acario Cotapos, Vicente Huidobro, Julio Barrenechea y Rocco del Campo ha desapa-



recido lentamente de la capital, que se ha vuelto burguesa y correcta.

Los periodistas suelen verse en el Roxy o en el Nuria. En la única parte que no están habitualmente es en el Círculo de Periodistas de la calle Amunátegui.

La gente de teatro, en el Jamaica, y los melencidos de extrema izquierda, en el infaltable Bosco, que sirve para todo.

Antes había una tertulia literaria a base de escritoras transparentes y con cara de tuberculosas, refugiados españoles y melancólicos jugadores de ajedrez en el Sao Paulo. La picota del progreso se llevó el café, y con ello a sus habi-tués.

Igual pasó con el Miraflores, de la calle del mismo nombre, entre Merced y Monjitas, que fue una verdadera "peña" al estilo madrileño y que recientemente cambió de cara y de estilo, mudándose media cuadra más allá, pero dejando la capa y el estilo español por el camino.

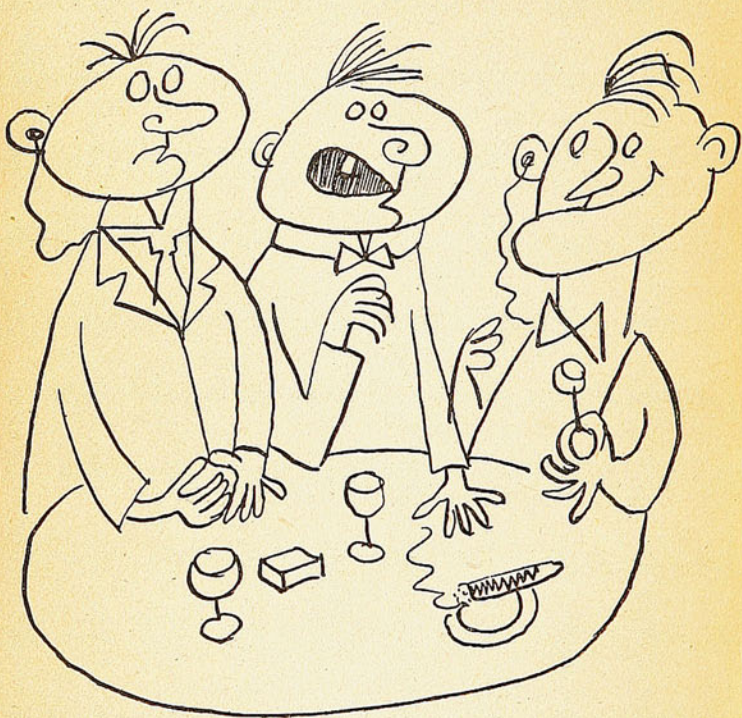
Cafés y clubes.

Los "pasados al enemigo" tienen sus cafés propios (que no vamos a citar por razones obvias), y las entusiastas amigas de Safo, más de alguna fuente de soda de la Alameda cerca de la Plaza Baquedano, pero en general su vida bohemia es lánguida y sin mayor interés.

Los niñitos y niñitas que se dedican al ballet vagan como pálidos fantasmas en torno al Municipal y academias vecinas.

Los militares, carabineros, aviadores y ma-

rinos tienen sus respectivos clubes, de los cuales el único con cierta personalidad pintoresca que se puede citar es el Caleuche, que últimamente ancló en la calle Miraflores al llegar a Monjitas, después de navegar por todo Santiago.



Claro que hay algunos clubes originales. Por ejemplo:

—El Sportsman, únicamente para jubilados y caballeros sordos, que funciona en Agustinas y

Estado (piso 12) y donde está terminantemente prohibida la entrada a las damas.

—Los Amigos de la Ocarina, que funciona en Independencia, cerca del río.

—Los veinte mil clubes y centros de huasos que mantienen encendida la llama del folklore nacional y que se reúnen de poncho y espuelas.

—El de los Separados (hombres y mujeres aparte), que nos pidieron confidencialmente que no diéramos su dirección.

—El de los Abstemios, que celebran sus fiestas con Panimávida y agua con gorgoritos después de haber hecho el cuatro durante cuarenta años por lo menos.

—El de coleccionistas de sellos, monedas y otras cosas raras.

—El Círculo Napoleónico, que funcionaba hasta hace poco en los bajos de la antigua Librería Francesa de la calle Estado y que vive a la sombra del Gran Corso. Sus socios se reúnen a hablar de Austerlitz y Marengo en el Instituto Chileno-Francés, de la calle Agustinas frente a Tenderini.

Y los de ciclistas, aficionados a la rayuela, al emboque, el dudo, etc.

Santiago no es tan original como Londres en materia de clubes, pero también tiene sus pequeños rincones pintorescos que hemos registrado brevemente a través de estas dishilachadas líneas para que usted no se aburra tanto en él.

Consejos.

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCION CHILENA

Y ahora unos breves consejos a los turistas:

No saca nada con consultar la hora en los relojes de las iglesias. Los buenos curitas han decidido ahorrar y la mayoría de las torres no tienen reloj. Y si lo tienen, está descompuesto hace diez años por lo menos.

No piropée en la calle. Las mujeres chilenas (a diferencia de sus hermanas sevillanas o cubanas) se indignan cuando uno las halla macanudas y contestan con un "¡No sea roto!"...

Si usted es extranjero y está con amigos chilenos, no trate de pagar la cuenta en un bar o un restaurante. Está pagada antes que usted llegue.

No busque taxi.

La desoladora verdad es que no hay. Y los que hay los usan sus dueños para sacar a pasear a la familia.

Si quiere pololear, no vaya al Santa Lucía ni al Forestal. Los rotativos son mucho más cómodos y calefaccionados.

No pierda el tiempo preguntando por calles raras o recién inauguradas. No las conoce ni el alcalde.

No busque sopaipillas, cola de mono, aloja de culén, pequenes ni huevos duros. Hace un siglo que desaparecieron precisamente por ser criollos.

En cuanto a los dulces llamados "chilenos", los puede encontrar con toda seguridad en las pastelerías austríacas, alemanas y francesas que funcionan en la capital.

Cuecas y tonadas hay pocas, pero hay. Se pueden escuchar y cantar (entre yanquis, ita-

lianos e ingleses) sólo en El Pollo Dorado, que queda en pleno centro (Agustinas y Estado).

Finalmente, según las estadísticas, Santiago tiene dos millones setecientos mil habitantes, que son aficionados a hablar por teléfono.

No trate de hacerlo.

Están malos, ocupados, en reparación o fuera de servicio.

Aparte de estas ligeras anomalías, la progresista capital de Chile es bastante habitable.

Hay una serie de casas ignoradas en Santiago, o por lo menos que no son conocidas por el público corriente, sino únicamente por los especialistas en la materia.

El millonario Meiggs, cuya casa de invierno quedaba y queda aún en Alameda con Lord Cochrane, donde está el Liceo de Niñas N.º 3, tenía una casa de verano en la misma Alameda frente a la Avenida Cumming y que tenía una particularidad: se movía con un sistema especial que le permitía seguir el movimiento del sol para que su exigente propietario pudiera tostarse ocho horas al día. Por ese sentido histórico que caracteriza a todos los chilenos, la casa fue echada abajo para construir un barrio que tiene de todo menos de atractivo.

Un palacio del pasado.

El viejo palacio de la familia Concha Cazoite (que yo conocí cuando andaba con chupete) quedaba detrás del actual Cine Carrera. Era una de las escasas joyas con que contaba el Santiago de hace cuarenta años. En él se dio

una comida seguida de un gran baile de disfraces que hizo época en los fastos de la apacible y colonial vida social chilena.

La Alhambra.

Los pintores mantienen celosamente La Alhambra, en Compañía al llegar a Teatinos, que fue la casa de don Claudio Vicuña, candidato de Balmaceda a la Presidencia de la República, y que fue saqueada en forma escrupulosa y científica cuando las tropas revolucionarias entraron a Santiago en 1891. Menos mal que aún se mantienen por un verdadero milagro el Patio de los Leones, las columnas, las palmeras, los tallados moriscos y las inscripciones del Corán. Y todavía es posible entrar con cara de curioso y salir con rostro de califa con un turbante en la cabeza y una cimitarra en la mano.

Donde se mató Balmaceda.

No hay ningún espíritu dotado de sentido histórico que haya colocado una placa en Amunátegui entre Huérfanos y Agustinas, en lo que fue la Legación argentina en los días de la revolución del 91 y en la cual la madrugada del 19 de septiembre de ese año se suicidó don José Manuel Balmaceda después de escribir su emocionante Testamento.

Una casa de fundo.

La vieja casa de la Alcaldesa, en la esquina

de la plaza del mismo nombre (Bilbao), está manca de un brazo. Echaron abajo la parte más pintoresca y sabrosa, que constituía un verdadero rincón colonial dentro del dinamismo de la capital. Su entrada de fondo, su patio con piedra de huevillo, la vieja tinaja y hasta la carreta campesina que la decoraba y que le daba tanto sabor, desaparecieron bajo la acción del llamado pomposamente progreso, restándole a la ciudad uno de los rincones más curiosos y evocadores. Ahora se alza junto a sus restos un moderno edificio de departamentos.

Quedaría mucho por hablar del Santiago prácticamente desconocido por la mayoría de los santiguinos, que se empina y trepa con la agilidad de un mono a los cerros vecinos y a la cordillera misma. De esos chalets, esos *bungalows* y hogareñas casas ultramodernas con techo puntiagudo y madera de pino que parecen un trozo de Suecia o de Alemania del Sur enquistado en Santiago. O, para ir más cerca, un pedazo de Viña del Mar que estuviera de visita en la capital.

¡Llamas en Santiago!

Aunque a usted le parezca extraño, amigo lector, si se desvía un poco en dirección al aeródromo de Lo. Castillo, encontrará llamas saltando alegremente a sólo quince minutos del centro de la capital. Hay riñas de gallos en La Cisterna, y a diez minutos de Santiago, en la vecina localidad de Maipú, se alza perfectamente

conservada y por milagro una plaza de toros que nada tiene que envidiarles a las mejores de Madrid y que fue inaugurada hace más de treinta años con despliegue de manolas, abanicos y claveles.

El extraño obelisco.

Un obelisco que se quebró con uno de los innumerables terremotos que han azotado a la capital de Chile, mantiene la punta intacta sólo por milagro frente a la Estación Mapocho. Según opinión unánime, el monumento a Arturo Prat, que se alza a breve distancia, parece erigió por los peruanos o bolivianos, enemigos del héroe, y no por los chilenos...

Los comentarios huelgan.

Los últimos carros.

En La Cisterna hasta hace muy poco tiempo había un carrito con caballos, y hasta hace cinco años, varios más en la calle San Pablo hacia el poniente. Como dato curioso, vale la pena anotar que los antiguos tranvías santiaguinos sirven actualmente de cómodo alojamiento a algunas modestas familias que viven en los alrededores de la capital. Les sacaron las ruedas, se les depositó suavemente en el suelo y se aprovecharon las ventanas para que los vecinos se enteraran de la vida y milagros de los otros vecinos o se entretuvieran mirando llover.

Antes y ahora.

La Quinta Normal ya no es la Quinta de an-

tes, y el Parque Cousiño, tampoco. Sólo el Santa Lucía se mantiene contra viento y marea. Inauguran nuevas estatuas y en general las hacen cada día más feas, porque intervienen unos caballeros de buena voluntad que no tienen idea de urbanismo y menos de escultura. Se colocan alambres de púas en los jardines para que los niños se rompan las piernas y para que los grandes tengan que acudir al Zurcidor Japonés. Hay cerritos maravillosos, como el que está al final del Parque Cousiño, que lo cierran —nadie sabe por qué— después de las cuatro de la tarde para impedir que las parejas se besen democráticamente aprovechando la penumbra y la floresta. Se demuelen los viejos caserones de antaño y, lo que es mucho más grave, los edificios modernos de departamentos recién hechos, para hacer playas y más playas de estacionamiento. Los autos son los dueños de la ciudad y tienen mucha más importancia que los santiaguinos. El Parque Forestal, la Costanera, Providencia, la Alameda Bernardo O'Higgins son inatravesables por el chorro constante de cristal y acero que se desliza sobre cuatro ruedas, entre las doce y media y dos de la tarde y entre siete y nueve de la noche.

Los nuevos puentes debutan con suicidas, mientras se mantienen los antiguos, que son una verdadera vergüenza para cualquier ciudad medianamente civilizada y con arrestos de capital moderna.

Hay ciertos barrios que agonizan y mueren en medio de los bostezos y lagrimones de sus

habitantes y vecinos. Las plazas de antaño no son sino el recuerdo de lo que fueron. El "paseo" tradicional es sólo un fantasma que recuerdan emocionados algunos viejitos temblorosos y algunas abuelas nostálgicas. Las iglesias modernas, que dejan felices a un pequeño grupo de arquitectos de la nueva ola, les cargan a los fieles y personalmente a Dios, que se siente solo y triste en medio de un garaje donde por casualidad hay un altar mayor y un púlpito muertos de susto en el centro de tanta desolación y frialdad.

Diarios.

Santiago tiene diarios para todos los gustos. Veamos:

"El Mercurio" es serio, grave y liberal; "La Nación" representa los puntos de vista del gobierno; "El Diario Ilustrado", a la extrema derecha; "El Siglo", a los comunistas; "La Tercera" trata de entretener en forma sana y es totalmente objetiva en materia de política; "Las Últimas Noticias" y "La Segunda" son más bien magazines, y finalmente, "La Tarde" es demócratacristiana con tono sensacionalista, y "Última Hora" sigue la línea del FRAP. "Clarín", de la mañana, es la típica "Yellow Press", que con tantos adeptos cuenta en Estados Unidos, Inglaterra, Francia, Italia, etc.

Diarios extranjeros hay varios: los españoles y árabes cuentan con los suyos, los ingleses con el "South Pacific" y los alemanes con "Cónдор"...

Revistas.

En materia de revistas, las mujeres tienen "Eva"; los que buscan nada más que actualidad, "7 Días", "Flash", "Vea", "Ercilla" y "Desfile"; los muchachos, "Rincón Juvenil"; las muchachas románticas, "Confidencias", y los entendidos en cine, "Ecran". En materia literaria están "Portal", "Orfeo" (sólo poesía), "Plan", etc. Igualmente circula la magnífica revista "Mapocho", que es la más seria y la de más peso. Humorísticas tenemos: "Topaze", "El Pingüino", etcétera.

Los diarios y revistas extranjeros, tal como lo dijimos antes, llegan pero atrasadísimos; hay que calcular más o menos cuatro o cinco meses para que arriben definitivamente —y a pie— a la remota capital de Chile. Si usted tiene amigos en Air France, Alitalia, Lufthansa, etc., se los puede conseguir antes y echarles un rápido vistazo a los dos días de salir.

Librerías.

La gente lee mucho en Chile. Lee más que en cualquier país de América y que en algunos de la vieja y culta Europa. Una red de librerías mantiene al día al santiaguino corriente. Las más curiosas son la de Manuel Bianchi, en la calle Los Serenos, en que se sirve coñac a los clientes, y la que está en la calle Nueva York y que vende únicamente novelas policiales.

Igualmente, los amantes de los libros viejos con papel amarillo y olor a moho y a pasado se

sentirán felices en la segunda cuadra de San Diego, en la calle Agustinas y en Miraflores, amén de otros sitios que equivalen un poco a los célebres "bouquinistes" de París.

Bares.

El santiaguino es hombre de bar. ¿Por qué? Porque tenemos los mejores vinos del mundo después de Francia, según los entendidos, y porque nos encanta la charla en la vara y a la pasada. Los negocios, la política y la actualidad diaria se discuten y comentan frente a un trago mejor que en la casa. Bares como el Roxy, el Nuria, el Lyon d'Or, el Bodegón, el City, el Oriente y el Agustín, pasan repletos. El Club de la Unión, a pesar de lo relativamente exclusivo, es el más bonito y elegante de todos. Goza de fama de contar con la vara más larga del planeta.

Viajar sin salir de Santiago.

Hay trozos de otras ciudades enquistados en Santiago. Las calles París y Londres son netamente europeas. Las calles adyacentes al Parque Forestal, con el Mapocho y todo, *son* de París. La entrada a la capital por Apoquindo, con la serie de chalets iguales, recuerda Londres. Las viejas y nobles calles de los barrios un poco "fanés" y "descangayados" de Brasil, Recoleta, Independencia, Tarapacá, San Martín, Manuel Rodríguez, República y Riquelme, nos hacen pensar en Madrid. Finalmente, esas frías mansiones de los nuevos ricos cerca de la Costanera,

lo único que recuerdan es a un mausoleo o a la caja de fondos de un Banco.

La moda.

Hay iglesias de moda para casamientos y bautizos. Las más socorridas actualmente son Santa María de los Angeles, Santa Elena, el Verbo Divino y la torre roja del Sagrado Corazón, que se eleva en la calle Lota.

Antes la gente se casaba en los Padres Franceses y en San Ignacio. Ahora ha emigrado hasta en esta delicada materia hacia las primeras estribaciones de los Andes.

Deportes.

El santiaguino practica varios deportes serios y otros que no son tanto.

Entre los serios se lleva la palma el fútbol. Sigue el básquetbol, luego el box y se puede estirar la lista hasta el golf, la equitación y el polo.

Otro tipo de deportes.

Los deportes menos serios son:

Para damas: el bridge, el pelambre y hablar por teléfono. Ambos se pueden combinar fácilmente y de hecho se combinan, razón por la cual la mayoría de los aparatos pasan ocupados.

Entre los hombres: el dudo, el cacho, el póquer y varios más de menor importancia.

Los santiaguinos K. O. en materia de edad recurren al solitario junto al brasero y con la taza de tilo al alcance de la mano.

Lo que se habla.

En Santiago se conversa generalmente de:

—Política.

—Deporte.

—Enfermedades.

—Muertos, duelos y pésames. . .

—Los amores ilegales de los demás.

—Otras materias.

En esta lista hemos tratado de mantener estrictamente el orden de importancia.

Fiestas Patrias.

Antes el 18 de septiembre duraba tres días. A saber: el mismo 18; el 19, con la Parada Militar y las fondas en el Parque Cousiño, y el 20, con las famosas "Carreras del 20". El ciudadano corriente (rico, pobre o regular) salía de *hallulla* y traje nuevo y se pegaba una sola fiesta que duraba casi una semana. No faltaba nadie al Parque sin bailar una cueca, cantarse una tonada y tomarse un "medio pato" de chicha.

Actualmente las Fiestas Patrias duran únicamente dos días (18 y 19), desaparecieron las "Carreras del 20", y nadie sale con traje nuevo y menos con pajizo. Además, la mayoría trata de salir de la capital y partir a la costa o al fundo de algún amigo. Como si fuera poco, en las últimas fiestas eliminaron las fondas y ramadas. ¿Qué quedó? Nada.

Mensaje.

El 21 de mayo el Presidente de la República desempolva el colero, se pone frac y parte al Congreso Nacional a leer el Mensaje. Duermen el Cuerpo Diplomático y la mayoría de los parlamentarios. A la salida, el público se divide entre los que aplauden y los que pifian. Si pifian mucho, actúan los "guanacos" y los carabineros. A los que aplauden los fotografían y aparecen en primera página y a 6 columnas en "La Nación".

El Mensaje se transmite por radio y televisión. Ante semejante peligro, la mayoría huye de la capital.

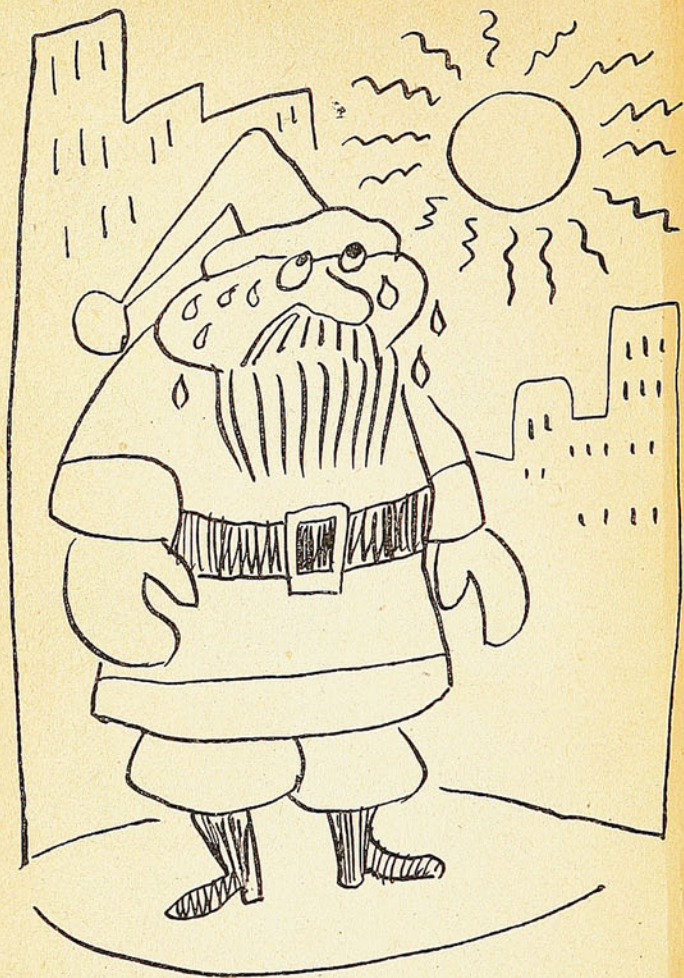
Pascua y Año Nuevo.

Todavía la Navidad (o Pascua, como le decimos en Chile) tiene el legendario prestigio de antaño. Se les regalan juguetes a los niños para que los rompan sin falta al día siguiente y se cena en familia con todos los cabros desplegados como cartas de naipes en torno a la mesa. El Año Nuevo sirve para pensar que estamos cada día más viejos y más cerca de la sección "defunciones" de los diarios, y para cenar fuera de la casa.

Como el 31 de diciembre toca en verano, hay nieve y trineos en las postales que se les envían a los parientes y amigos. En esto somos únicos en el mundo entero.

Más fiestas.

El 1.º de enero es un día feo y antipático que

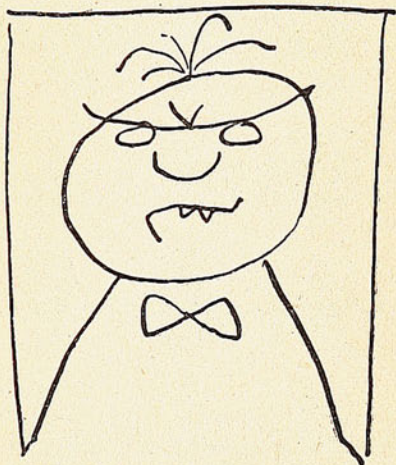


tiene cara de cuerpo malo y de “día siguiente”, por lo cual los buenos dos millones y medio de santiaguinos reciben al año con un “Alkasaelzer” en el velador y un dolor de cabeza terrible.

Finalmente, el 1.º de mayo, Día del Trabajo, no trabaja lógicamente nadie. Como no hay micros, troles, buses, liebres ni taxis, a las concentraciones de la Plaza Bulnes (gobierno) y de la Plaza Artesanos (oposición) asisten en el mejor de los casos dos mil personas expertas en caminar a pie.

Lo malo.

Los santiaguinos simpáticos y dicharacheros de otro tiempo son los ágiles ciudadanos de



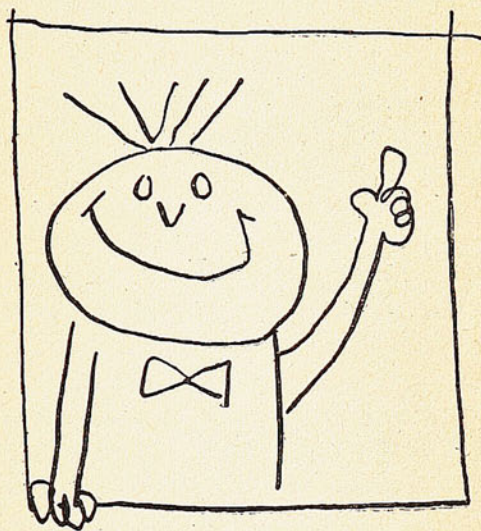
hoy que practican la gimnasia bancaria de la mañana a la noche. Las santiaguinas estupendas del "paseo" de las calles Huérfanos y Ahumada han dado paso a las niñas con jockey, medias color tiza y ojeras verde Nilo que montan guar-

dia a la salida de las radios para robarles los botones de los calzoncillos al cantante colérico de moda. Los choferes de micro se sacan tres coloradas en mala educación por tratar con la punta del pie al pobre y paciente pasajero y realizar verdaderas cacerías de colegiales cuando no muestran a tiempo el carnet. Siguen los jubilados tiritando de indignación frente a las ventanillas de las Cajas, donde se supone teóricamente que deben ser atendidos con toda gentileza. Surgen unos mendigos demacrados que no figuran ni en las páginas más macabras de "La Divina Comedia", y que, fingiendo ser cojos, tuertos, mancos, zuncos, turnios, mudos o lo que sea, cobran una respetable pensión vitalicia a la salida de todas las iglesias de Santiago.

Lo bueno.

Pero así y todo esta capital, que ya se empuja sobre los 425 años, es un rincón encantador. Su clima, el cielo que luce como una alegre camisa azul en el verano, esas pequeñas nubes vacilantes que se enredan en los árboles desnudos en el otoño, la placa gris y amenazante que se cierne sobre la ciudad en los días de invierno, los copos que flamean alegremente como proclamas cuando nieva en la cordillera; los picachos andinos, que son infinitamente más elegantes que el Fujiyama y que todas las montañas con que cuentan los suizos; ese río optimista y campesino que viene culebreando por los Andes, que pasa fugazmente por el centro de la capital y va a perderse entre los cerros vecinos

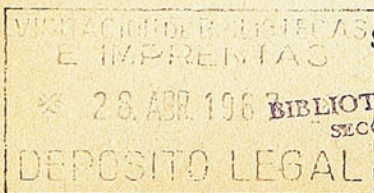
camino a la costa; las muchachas con pantalones, pelo rubio y ojos azules que viven en el Barrio Alto; los estudiantes que todavía mantienen el sentido del humor, los viejitos melancólicos de la Plaza de Armas, los ochenta mil fanáticos que brincan y saltan dentro del Estadio Nacional, el pequeño bosque de Galerías de Arte que surgen todos los días, los quince teatros que



muestran lo mejor de Europa, ensayado y estrenado casi al mismo tiempo en Santiago de Chile, y sobre todo un aire especial que no es de Buenos Aires, de Río, de Nueva York, de Londres ni de Madrid, sino de aquí y sólo de aquí y que se mantiene a pesar de los terremotos y catástrofes que sacuden al país; el tono irónico de

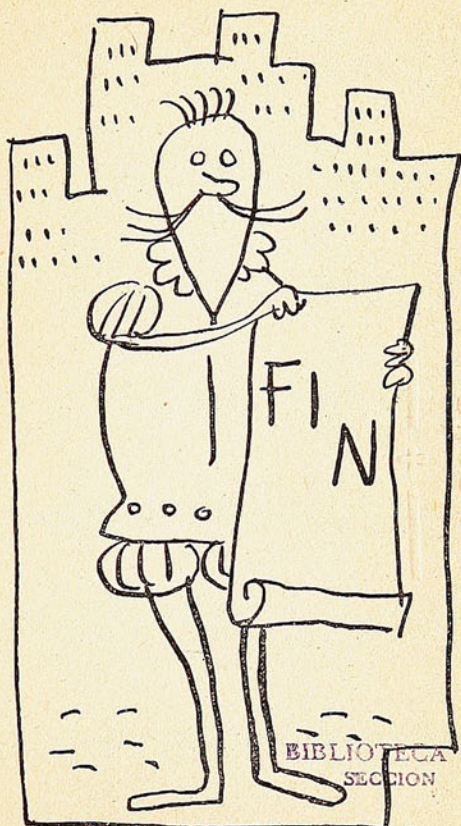
sus habitantes, que son capaces de sortear la mala suerte y burlarse de las permanentes desgracias con un chiste oportuno y certero que queda temblando como un puñal en medio de la conversación; la burlona familiaridad que tenemos los chilenos para tratar cualquier problema, por grave que sea, sin el menor protocolo y usando los términos más habituales de la vida corriente; el "santiaguinismo", en suma, que es difícil definir, pero mucho más difícil no sentirse tocado por él cuando se ha estado mucho tiempo fuera de esta capital, hacen de Santiago una ciudad inolvidable que se maquilla, se embellece y se adorna como una mujer cualquiera cuando estalla la primavera como una especie de guerra relámpago en las hojas del calendario y se enciende toda la batería eléctrica de las flores en los parques y las muchachas caminan con unas caderas recién estrenadas por estas calles de Dios.

Esta es la ciudad, amigo lector, que he querido presentarle físicamente en estas líneas y que mi amigo Jorge Dahm ha tenido la gentileza de ponerla ligeramente en solfa para que usted aprenda a conocer a los habitantes de una villa que un día perdido por allá en 1541, un capitán español, después de atusarse el bigote y alisarse la perilla, decidió colocar definitivamente en el mapa bajo el nombre de SANTIAGO DE LA NUEVA EXTREMADURA.



Santiago, junio de 1966.

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCION CHILENA



BIBLIOTECA NACIONAL
SECCION CHILENA

BIBLIOTECA NACIONAL

* - 8 MAY 1967 *

SECC. CONTROL Y CAT.



FABRICACION CHILENA
PRINTED IN CHILE

FE DE ERRATAS

Pág. 16. Dice: Aconcagua. Debe decir:
Maipo.